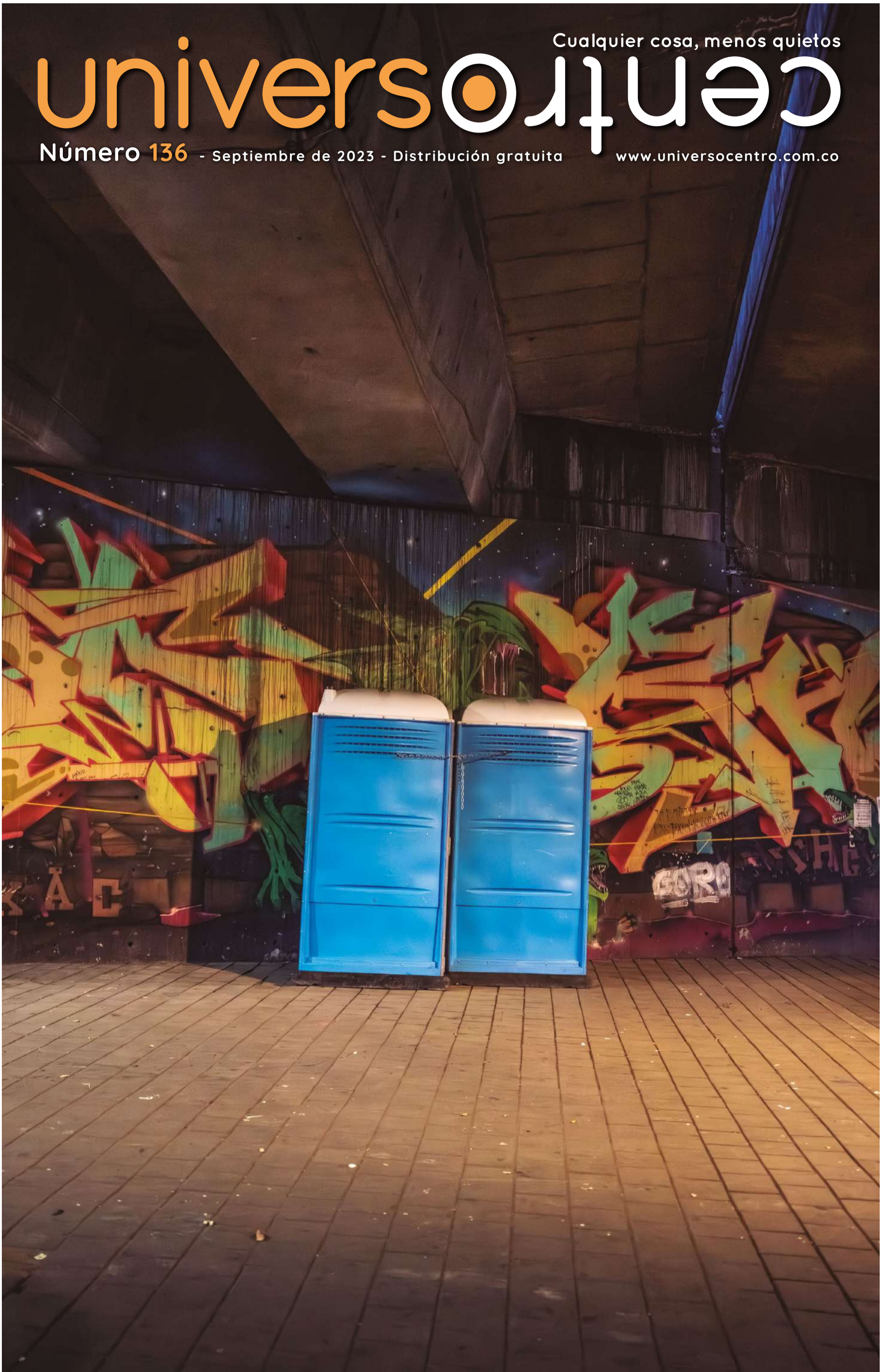


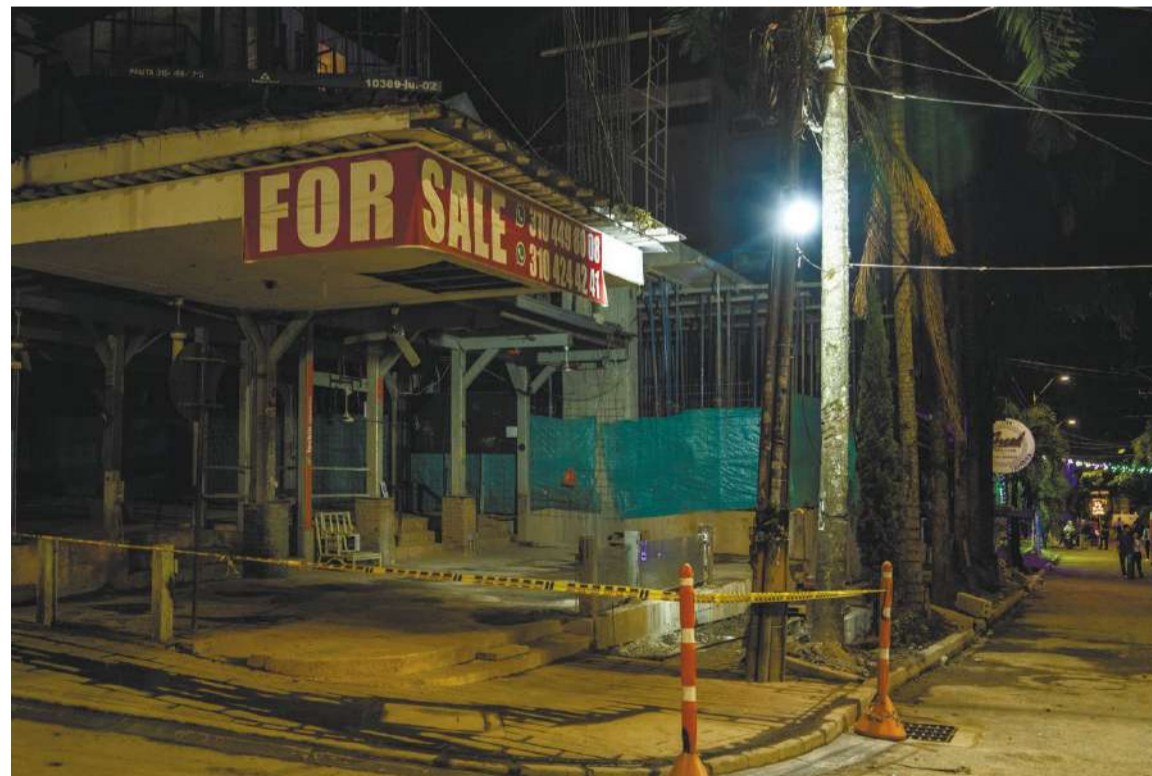
universo **centro**

Cualquier cosa, menos quietos

Número 136 - Septiembre de 2023 - Distribución gratuita

www.universocentro.com.co





EL VIEJO SALDAÑA

por FEDERICO ARTEAGA

• Ilustración de Rarónica

El viejo Saldaña tenía muchos años y hambre suficiente para salir a arrastrar el carrito de mercado lleno de helados cuesta arriba por la calle Moore bajo el sol de mediodía. Había sobrevivido la sequía del 92 y la Gran Guerra de la Naranja Postobón del 97 sin un rasguño; pero su suerte y la ventaja de la edad iban rezagándose en la mañana de ayudar con pequeños trabajos que apenas solventaban sus necesidades mínimas y no lo dejaban soñar con el lujo del tiempo libre.

Seguramente tenía nietos jóvenes y fuertes que le darían una mano si los hubiera conocido y si los hubiera querido. Sus propios hijos hablaban de él como de un ave de paso que cruzó el cielo gritando promesas y se fue cagándose en sus vidas, como siempre hacen los pajaritos pintados en el aire. Las mujeres que quisieron al viejo Saldaña le guardaban un cariñoso rencor por su abandono y por los recuerdos de una vida de aventuras a la que se asomaron alguna vez y ya nunca pudieron olvidar su paisaje.

Con todo, Saldaña no se quejaba. Paraba en las esquinas y se limpiaba el sudor de la cara cetrina mal afeitada con una bayetilla roja. Achicaba los ojos abriendo la boca con el peligro de que sus pocos dientes flojos y amarillentos salieran volando y empezaran a sembrar sus mentiras otra vez sin que él pudiera prevenirlo. Miraba loma arriba y loma abajo, se admiraba de todo lo que había recorrido en la mañana y se admiraba de todo lo que faltaba por recorrer en la tarde; en ambos casos se admiraba mucho más del poco helado que vendía considerando el calor del diablo que hacía todos los días de su trabajo.

Tenía puesto un enterizo de poliéster que calentaba más de lo que convenía a la gente de la calle de que sus productos eran parte de la honesta competencia que desbancaría al Gran Refresco que todo lo observaba y que calmaba toda sed. Conocía canciones que resumían la miseria de su jornal, desafortunadamente cantarlas sólo lo cansaría más y en nada aliviaría su trajín. Se las recitaba en el silencio sancochado de su cabeza y entre melodías se repetía: "Ahí va el viejo Saldaña, el que se escondió en el Magdalena dos semanas para que no lo matara el marido de una querida. Ahí va el viejo Saldaña, el que se memorizó la biblia con un cura que le dio techo y comida mientras le mantuviera la conversación sobre el Antiguo Testamento y se dejara poner una mano en la pierna. Ahí va el

viejo Saldaña, con hambre y miedo una vez más". Y volvía a cantar sin música y sin sonido los boleros del desastrado para el público indiferente de su imaginación.

El sonsonete pregrabado de su carrito de mercado convertido en carrito de helados anunciaba que vendía medio litro de helado por tan solo dos mil pesos, aunque también tenía la promoción que ofrecía dos por tres mil, dos por tres mil, dos por tres mil. El viejo Saldaña recordó un profesor de castellano que en clase decía que la lección que se repite tres veces no se olvida, no se olvida, y no se olvida. Sonreía de forma minúscula, cuidándose de no gastar energía en alegrarse y vigilando que no se le cayera un diente mientras lo hacía, pues sabía que una semilla de su boca solamente daría por fruto una enredadera de embustes.

Reconocía la canción que acompañaba el anuncio repetido de su carrito. Era una formuletta electrónica que los muchachos escuchaban en sus fiestas cuando él ya era un hombre hecho y derecho; sonaba con el desespero y la urgencia de hacerles creer a los vecinos de cualquier barrio que había llegado un atemporal carnaval de sabor y precios bajos. Medio litro de helado por tan solo dos mil pesos. Aproveche la promoción: dos por tres mil, dos por tres mil, dos por tres mil.

Un hombre de unos treinta años salió de una casa en pantaloneta y chancas de plástico y con un silbido hizo parar al viejo Saldaña. "Ey, ¡qué rico un heladito, ome!". Se fue acercando arrastrando las chancas con un billete en una mano y con la otra sobándose el estómago bajo la camiseta.

—¿Qué sabor quiere y cuánto va a llevar? —preguntó Saldaña innegablemente viejo y cansado.

—No sé, hermano. ¿Qué me recomienda para un guayabo asesino?

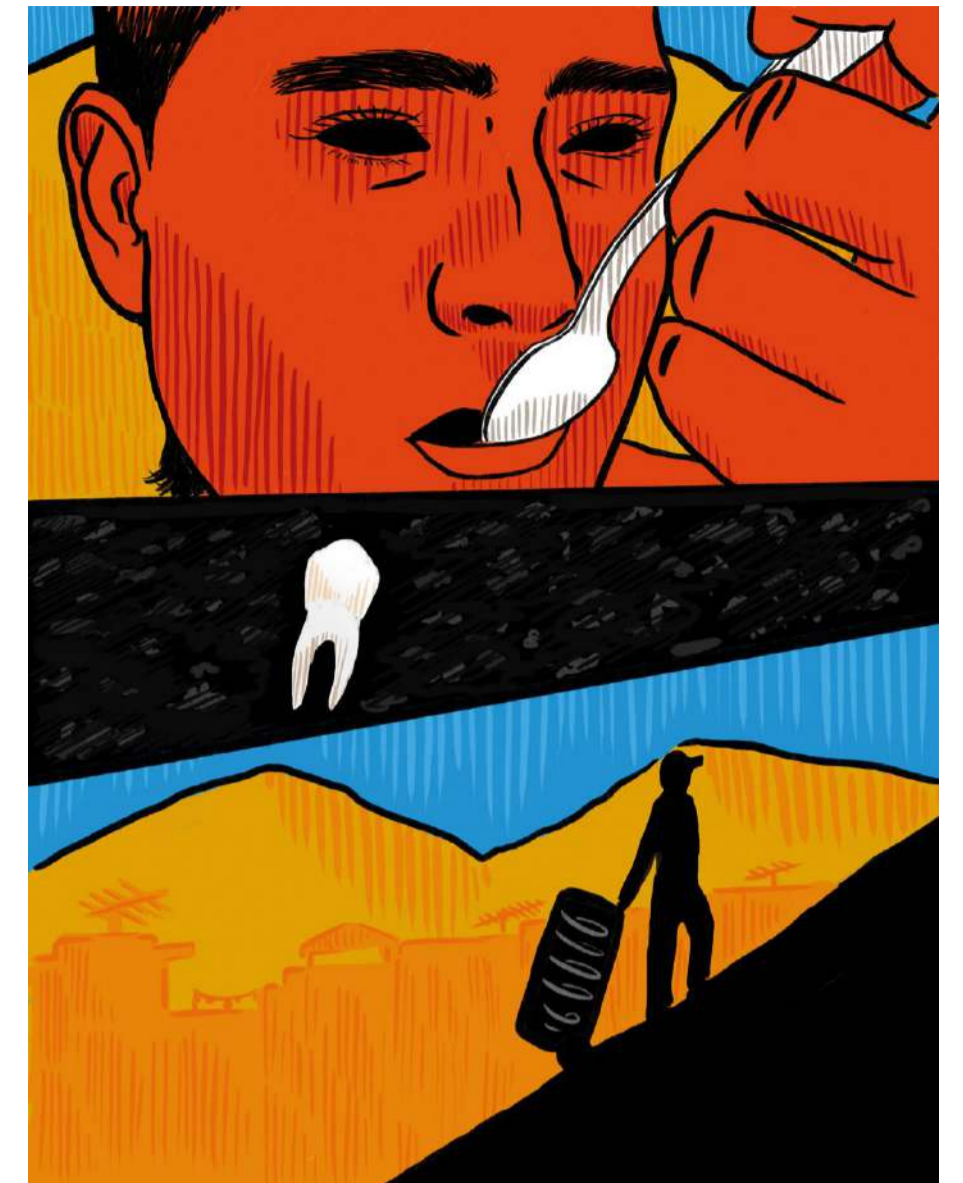
Saldaña se rio de la ocurrencia del tipo y no tuvo suficiente cuidado de su boca: un diente se zafó de su encía y cayó debajo del carrito sin que ninguno lo notara.

—Para que empate —dijo Saldaña—, llévase medio litro de ron con pasas. O dos por tres mil.

—¿Será?

Mientras el de la pantaloneta pensaba, la música del anuncio parecía afanarlo para que tomara una decisión divertida y moderna.

—Esa canción me acuerda de una fiesta —dijo el hombre sin dejar de sobarse el estómago—, hace años. Después de la guerra. Estábamos muy borrachos y



la pusimos como veinte veces. Dame medio litro de ron con pasas pues.

El diente debajo del carrito de mercado convertido en carrito de helados empezó a temblar como la semilla madura que era, caído del árbol del viejo Saldaña, el que había alertado a los sindicalistas de los bancos que el F2 iba a desaparecerlos en la próxima manifestación. Sus raíces eran apenas reverberaciones del calor en la calle y subieron hasta prenderse de la caja de poliestireno y papel canela de la nevera que llevaba los helados. La cabeza de Saldaña empezó a llenarse nuevamente de andanzas y trucos y versos y ya no tuvo tanto calor y el enterizo de poliéster había dejado de sancochar las canciones en su cabeza.

—Con el guayabo uno reflexiona, ¿no? —Saldaña tanteó a su cliente—. Cuando uno dice que no vuelve a beber por la resaca, una parte de uno lo dice en serio porque está sensato, está más sobrio que nunca. Y uno recuerda con harta claridad las cosas que le importan, ¿se ha fijado?

El cliente cuchareaba el helado sin prestarle mucha atención al viejo pero sin irse tampoco aunque ya había pagado su ron con pasas. Las raíces calientes entraron a la mercancía y se volvieron silbiditos de humo frío acariciando los tarros de medio litro y los de dos medios litros.

—Por eso la gente se acuerda de sus esposas y sus hijos cuando está enguayabada, los piensa sin que el alcohol estorbe, y la gente se arrepiente, ¿no le ha pasado? —el cliente asintió chupando su cuchara con los ojos cerrados—. Y ahora usted me dice que esta canción le recuerda una fiesta después de la guerra. Todo enguayabado, eso es de lo que se acuerda, ¿cierto? Como si eso fuera lo que extrañara.

El tipo de las chancas y la pantaloneta dejó de comer helado y se quedó absorto mirando cuesta abajo, como si al final de Moore la guerra recién acabara y sus amigos le brindaran el primer trago de la noche poniendo una canción electrónica que muchos años después solo serviría para vender helados. Y allá abajo esa fiesta lo esperaba.

Abajo, en el fondo del carrito, las raíces del diente caído crecían en espiral e iban oscureciendo el depósito de ron con pasas, chocolate, frutos rojos, y muchos sabores más.

—Allá es donde desea volver, ¿no? El tipo miró al viejo Saldaña como si saliera de un trance asustado del mago, pero el mago no dejaba de sonreír y con una mano arrugada de uñas desconchadas abrió otra vez la tapa de su neverita de helados. Los vapores fríos volvieron a atrapar la atención del cliente y observó el contenido de la caja. No veía los tarritos plásticos llenos de cremas coloridas, sino un remolino negro con luces como de fiesta. A lo lejos, la canción de la propaganda sonaba más fresca que nunca y las voces de sus amigos celebraban con risas y tragos la oportunidad de celebrar con risas y tragos. Hasta el olor que subía a su cara era el de la calle vieja donde había un montallantas y una panadería y todo olía a caucho vulcanizado y roscones a las tres de la tarde.

El viejo Saldaña cogió el tarro de helado de la mano del cliente y el cliente, con la voluntad embotada de los enguayabados, se agarró del borde de la neverita y escuchó y miró y olió. Se descalzó sobre la calle caliente y metió un pie en la caja, dio media vuelta y metió el otro pie. Se agachó adentro como si bajara por una escalera y, cuando su cabeza había desaparecido en la negrura festiva del torbellino salido del diente caído del viejo, estiró un brazo y cerró la caja con la tapa que Saldaña soltó.

La cabeza del viejo Saldaña, el que de muchacho quitaba la luz del barrio a la medianoche para que todos se dieran el feliz año al mismo tiempo, recuperó el peso de la edad pero su mirada y su paso tenían un nuevo aire. Le había robado algo de juventud a la cuadrada donde se le había caído un diente que se había esfumado bajo el carrito de mercado convertido en carrito de helados. El recorrido que le esperaba en la tarde se anunciaba menos cruel que antes. Ya estaba en la intersección de Moore con El Palo. Subiría hasta el Parque de la Imaginación y de ahí bajaría al parque de Boston donde podría sentarse a descansar un rato. ☺

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— David Eufrasio Guzmán

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Santiago Rodas

— Simón Murillo

— Estefanía Carvajal

— Isabel Botero

— Mario Cárdenas

PRODUCCIÓN EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DESGÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Manuela García

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

Es una publicación mensual

de la Corporación Universo Centro

Distribución gratuita

Número 136 - Septiembre 2023

Versión impresa



universo
centro

universocentro.com.co

universocentro@universocentro.com

El alambique está bajo el toldo y el inventario bajo la casa. El viche ha conocido todas las botellas, empezó por la botella al mar y terminó en el bar. Porque no solo de guaro vive el hombre. El pasante es la saliva ancestral. Y bajo la sombra de la selva brindan todos los bandos.

Licor clandestino

por MICHAEL TAUSSIG

• Ilustración de Tobías Arboleda



Un río al norte del Timbiquí está el Saija, famoso por su embriagadora mezcla de guerrillas de las Farc y cultivos de coca desde finales de la década de 1990, junto con paramilitares concentrados allí desde finales de junio de 2002 para matar a la guerrilla y quedarse con su coca. Mientras escribo estas líneas el río está alborotado y la gente ha huido, anticipando una batalla campal. Pero por muchos años antes de eso el Saija se destacó por algo diferente y eso fue la producción de un licor clandestino, un potente aguardiente de caña de azúcar llamado viche y destilado en la parte baja de casi todas las casas a lo largo de sus orillas (todas las casas están construidas sobre pilotes). El viche era, de lejos, la principal fuente de efectivo —de hecho, la única fuente— distinta del dinero enviado por los emigrantes. Como el oro y la cocaína, el viche es un buen valor, sólo que es mucho más barato. Después de un solo trago el río comienza a bailar y el resplandor del sol cae en cascada en su cerebro como un látigo. La gente empieza a balancearse. Si el Timbiquí era el río del oro, el Saija era el río del viche, así como ahora los dos se están volviendo ríos de la cocaína. ¿Qué tienen en común estos tres productos: oro, viche y cocaína?

Comparados con los alimentos o el ganado, los tres son enormemente valiosos en relación con su volumen y peso y, por lo tanto, no importa que sean producidos o encontrados en la profundidad de la selva húmeda, lejos de los centros urbanos. El problema insuperable que aqueja a la gente en Santa María que sueña con cultivar plátanos o maíz para vender no existe con estas mercancías.

El viche es ilegal, como la cocaína; la diferencia es que al gobierno de los Estados Unidos le importa un carajo, de manera que la represión es mucho menor. Hace varios años vinieron al río selladores decididos a mantener el monopolio del Estado sobre la producción y distribución de licor y destruyeron las primitivas destilerías. Pero la producción fue reanudada y hoy, gracias a su alto contenido de alcohol y su bajo valor comparado con los aguardientes destilados por el Estado, el viche goza de una amplia distribución, mucho más allá de los confines de la costa. Es realmente una cosa maravillosa que estas personas han encontrado; una forma de hacer dinero, aun en un lugar tan remoto. Y, a diferencia de la cocaína, el viche no conoce monopolización. Casi cada casa tiene una destilería. Más aún, no hay violencia asociada con el viche.

Así, aquí tenemos un enigma (un enigma bienvenido, además): un producto de alto valor que da ingresos a la gente de la costa pero sin violencia o monopolio. Un motivo para celebrar.

Sin duda los economistas buscarán argumentos racionales para explicar esta diferencia —“racional” quiere decir explicaciones en términos de principios de mercado, como el ánimo de lucro y las leyes de la oferta y la demanda. Podemos jugar un juego como el de piedra, papel y tijeras, cada ítem diferente de los otros en términos de ventajas, los tres formando un sistema: las tijeras cortan el papel; el papel cubre la roca; la roca rompe las tijeras. Entonces: el viche es ilegal pero libre de violencia y monopolio y su oferta es potencialmente infinita; el oro no es violento y es legal pero ya no queda nada y, a pesar de su legalidad, junto con el alcohol y las drogas también es mítica-mente lastrado por el mal. Y la cocaína es ilegal, violenta y extraordinariamente susceptible a la monopolización. Una y otra vez vamos comparando y contrastando, buscando la roca madre de la explicación. Pero me parece que el viche va mucho más allá de las leyes de la oferta y la demanda o de la búsqueda de ganancia, como el oro y la cocaína, si a eso vamos. De hecho, lo que

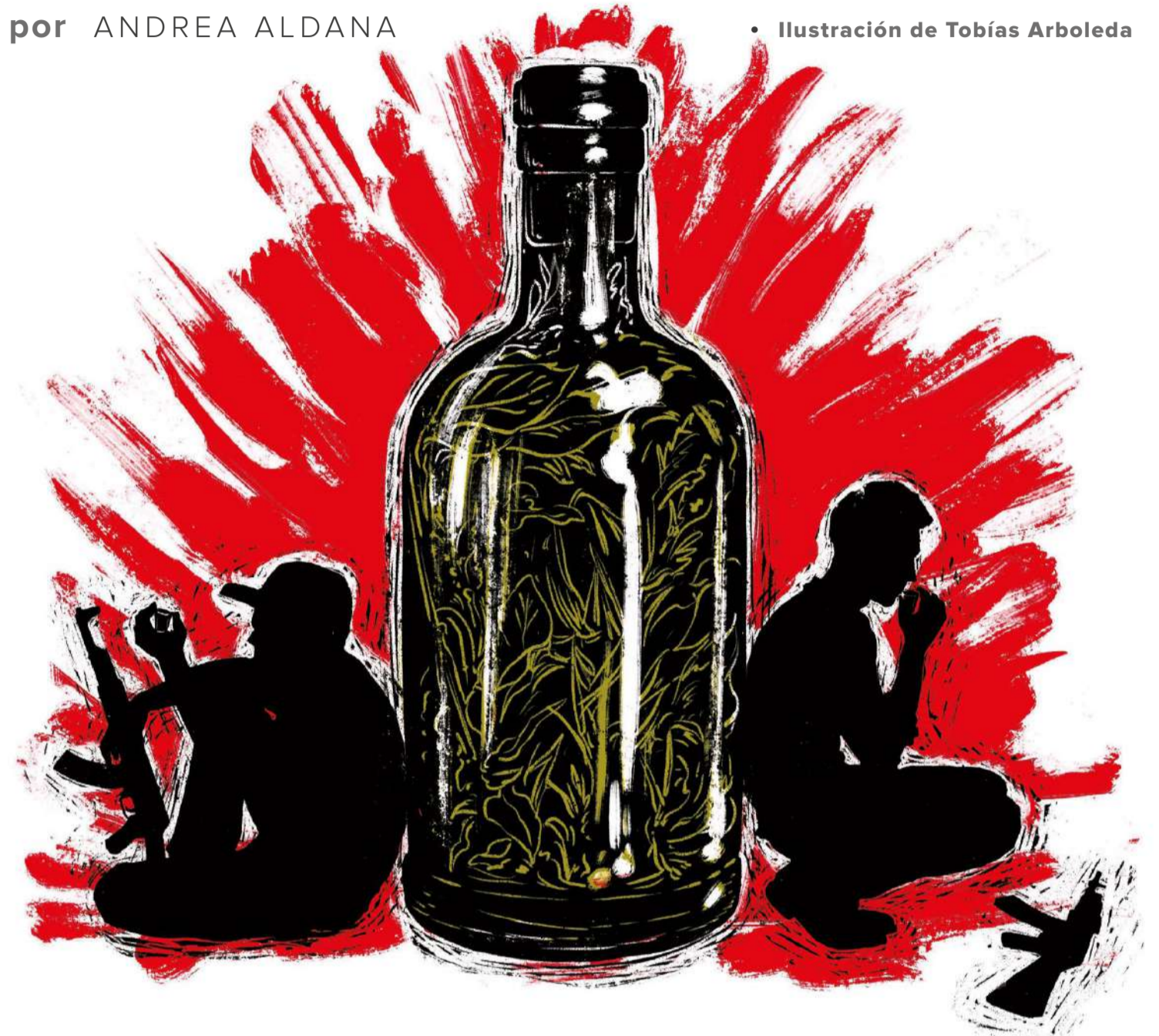
comparten el viche, el oro y la cocaína es que desafían todo lo que significa el mercado y *por eso son valiosos*. Se burlan de la noción de “leyes” de la oferta y la “demanda”. Sabotean, decididamente, la noción de “demanda”, acribillándola con complejidad y propiedades fantasmáticas desconocidas para la economía convencional. Son los lujos por los cuales la gente está preparada a dejarse engañar, la poesía loca del amor y la desesperanza que toca notas doloridas en cada corazón humano desesperado por ir ese poco más allá, ese tope que se derrama por encima de los bordes de la precaución y el sentido común... En suma, el viche es una maravilla. Tomé mi primer trago de viche en 1975 de una botella pequeña cuya elegancia testimoniaba que en una vida anterior había contenido un perfume llamado La Maravilla, el nombre que fue aplicado al viche mismo. Todavía pienso en él como solo eso, algo que, sin duda, hubiera llamado la atención de los surrealistas en París como puerta a lo Maravilloso, por no mencionar a la Belleza Convulsiva. ☺

*Fragmento del libro *Mi museo de la cocaína*. Traducido por Cristóbal Gnecco. Editorial Universidad del Cauca (2013).

¿Cómo conocí el viche?

por ANDREA ALDANA

• Ilustración de Tobías Arboleda



El cómo se los cuento ahora, el dónde fue en el Chocó, un 31 de diciembre. El viche era la bebida oficial de la región y gran promotora de las borracheras decembrinas, o eso me dijeron. Aunque después de lo que presencié, no me quedaron dudas. El recuerdo lo tengo vivo, como viva tuve la resaca por un buen tiempo. Estaba haciendo un reportaje de inmersión en la guerrilla y los días que estuve allí, por fuerza mayor, coincidieron con el fin de año. Llevábamos varios días en la zona, por cuestiones de seguridad no habíamos podido salir. Esa parte del Chocó no tiene carreteras y solo se conecta por un río y sus afluentes, y para entonces —tal vez por las fechas, qué sé yo— había sido imposible conseguir una lancha o barcaza que nos sacara de manera segura. O para decirlo más claro, que nos sacara sin que quedáramos en la mitad de un enfrentamiento entre el ejército y la guerrilla.

Los informantes de la guerrilla les habían comunicado que teníamos al ejército en una persecución y muy de cerca, “a solo dos horas de distancia”. Eso hizo que los días de reportaje se convirtieran en un “a que te coja ratón, a que no gato ladrón” que nos tuvo casi corriendo un buen tiempo por los fillos de montañas. Pero ese 31 todo se detuvo. La alerta, las prisas, el estado de alarma, el sigilo nocturno, el corre-corre fueron reemplazados por el viche

y una música a un volumen que, a mi juicio, era bastante estruendoso para cuando sabes —o supones— que tienes al ejército al lado, persiguiéndote, y estás metido en quiénsabedonde en la puta selva; si me valen el ejemplo, era como si mandarás tu ubicación en tiempo real y por Whatsapp a tu persecutor. En fin, todo esto para decir que mi 31, en lugar de pasarlo con mi familia como estaba en mis planes, lo pasé allí, un poco agitada del susto, entre fusiles y viendo bailar champeta a un frente guerrillero.

Recuerdo que pregunté por qué parábamos: “¿Y el ejército?”

—Están allí, pero no pasa nada, no; pa ellos también es 31.

—¿Cómo así?

—Como una tregua.

—¿Pero tienen una tregua, acordaron tregua?

—No es eso.

—¿Entonces?

—Pero uno sabe, uno sabe. Yo sé por qué se lo digo. Usted tranquila.

Entonces me llegó el olor dulzón del aguardiente y pregunté asombrada si tenían guaro, ¿quién coño cargaba guaro en la guerrilla y en estas circunstancias?

—No, cuál guaro, no. Es viche. ¿No lo ha probado?

—No, pero eso huele a guaro.

—No, que no, no es guaro, no. Es viche. Ve.

—¿Y por qué es morado?

—Ah, porque lo hacen de colores.

—¿Cómo de colores? ¿Lo mezclan con Frutiño o algo así?

—Pruebe, pruebe más bien, que usted hace mucha pregunta.

Para ser honesta, yo estaba muy asustada; para ser brutalmente honesta entre viche y viche se me fue pasando el susto. Pregunté de dónde había salido y me señalaron a un señor, uno que no había visto. Y me le acerqué, aún quería saber por qué el viche era morado.

No recuerdo qué me dijo. El señor era un campesino que sabía preparar el viche, lo vendía y diciembre era el momento de la bonanza. Me explicó cómo lo hacía y cómo conseguía que fuera no solo morado sino también rosado. Pero ya no me acuerdo, si mal no calculo ya iba medio prenda. Lo que sí recuerdo con claridad fue lo que dijo después, cuando me contó que 24 y 31 eran los días que más vendía, que “salía de todo el producido”.

—Ya vendí allá en el pueblo, me paso por acá a dejar el encargo de la guerrilla y ahora me paso pa donde el ejército. Lo bueno es que salgo de todo el producido.

—¿Perdóón?

—...

—¿Perdón? ¿Pa donde el ejército?

—Sí.

—¿A llevarle viche al ejército?

—Sí. Están allí nomas.

—¿Usted le lleva viche al ejército y a la guerrilla?

—Sí.

—¿Al ejército y a la guerrilla?

—Sí.
—¿Y cómo hace?
—¿Cómo así?
—O sea, usted sale de donde la guerrilla directamente para donde el ejército, ¿cómo hace pa no meterse en problemas?

—Aaaaah noooo, jajajaja. Esta gente a mí ya me conoce, yo soy el del viche. ¡Esta es la bebida del pueblo!

Todo el mundo se emborrachó esa noche y al final, mi estado de alerta también mermó porque el señor me explicó que era muy raro un enfrentamiento en esa época. “Esta gente —ejército/guerrilla, supongo yo— en diciembre quiere estar tranquila, llamar a su familia, verla si puede y eso”.

El campesino se fue con sus botellas y yo jamás he vuelto a probar el viche. Para seguir siendo honesta, a mí no me gustó; pero lo recomiendo para bajar el susto.

Hace poco leí sobre la polémica actual con el viche, la suspensión que intentaron de su venta en algunas ciudades porque, al ser licor artesanal, “no cumple con la normas de sanidad establecidas”. La defensa de su venta, en resumen, se basa en que es patrimonio de las comunidades afrocolombianas del Pacífico.

Tiene fama de afrodisíaco, eso no lo comprobé, pero esa noche —y fui testigo— dos bandos enfrentados en el Pacífico colombiano preferirían entrarle al viche que a la guerra. ¡Hombre, que si será patrimonio el viche en el Chocó! ☺



Fotograma de *Balada del mar no visto* de Diego García Moreno, 1984.

Memorias desde el tugurio

por SIMÓN MURILLO MELO



Vea aquí la galería completa.



Barrio Camilo Torres. Giovanna Pezzotti, 1968.

Balada del mar no visto, la película de 1984 de Diego García Moreno, muestra a un hombre deambulando por Medellín con una canoa de madera al hombro. No sabemos nada de él excepto lo que anuncia el título: busca un mar. El hombre parece perdido, y fracasa muchas veces: no logra encontrarlo en una alcantarilla del Parque Bolívar, no logra encontrarlo en una quebrada de su barrio. En un momento el hombre pierde su barco en una bacanal nocturna y su desesperación parece crecer.

Medellín se construyó no sobre lo que hoy llamamos el río Medellín, sino sobre la quebrada Santa Elena. El río durante buena parte de nuestra historia corrió libre alimentado por más afluentes que los que hay en todo Portugal. No sabemos casi nada de ese valle: mucho se perdió. Los ríos se envenenaron o fueron enterrados y con ellos, las aves, los aburraes también. Es extraño imaginar que esa curva del río Medellín, futuro basurero y barrio de tugurios, era un humedal.

Al río lo canalizaron y la ciudad empezó a crecer y a hacer plata: la Manchester de Suramérica, *very clean*, le dijeron algunos paisas ricos al escritor Christopher Isherwood cuando vino a Colombia en 1947. Para ese entonces Medellín tenía algo más de 350 000 habitantes. Diez años después, ya éramos el doble: la ciudad engordaba con los que llegaban huyendo de la guerra y la pobreza.

Florecieron los tugurios: el de La Alpujarra, el más grande, donde cuatro mil almas vivían de las sobras de la plaza de mercado del Pedrero; 1134 personas contó Planeación Municipal que se arremolinaban alrededor del Cementerio Universal hasta que el cura los sacó de ahí por la paz de las almas; 744 vivían en La Iguaná, 507 en San Benito, 438 en la Inmaculada, y sigue. En el 68 se expidió una ley para controlar a los urbanizadores piratas que partían la montaña y entregaban lotes sin luz ni agua donde los recién llegados tenían que resolver dónde iban a plantar su rancho.

Sin intermediarios, la gente tomó tierras por su cuenta. Un par de palos, lata si se tenía suerte, ladrillos, plástico de todos los usos. Entre el río y las vías del tren, Zenú, Noel, Inestra y otras industrias armaron un pujante y gigantesco basurero: El Morro. En la *Balada del mar no visto* aparece casi como una montaña rival, una babel junto a un río muerto. Ahí cerca de El Morro vivieron hombres y mujeres de Sopetrán, Urrao, Frontino, Ituango. Camino de Villa del Socorro apareció Vicente Mejía, cura revolucionario que había trabajado en Yaurumal y luego hizo política entre los pobres de Medellín. Hubo bautizo y el barrio se llamó Fidel Castro.

Vicente arrastró una estela de sindicalistas, comunistas de partido, universidad y convicción, cristianos de Golconda. Ani Tuzman y Glenn McNatt vinieron desde Massachusetts a ver qué había entre tanta ruina. Giovanna Pezzotti, la hija de un conde italiano venido a menos, fotógrafa de Ancón, aventurera, enamorada del cura, llegó siguiéndole las cruces. Vicente decía que solo los más pobres entrarían al reino de los cielos. Pero todos venían. No solo estaba el Fidel Castro. Carrilera abajo era el Camilo Torres, al otro lado del río el Valencia Cano, el Lenin, montaña arriba Los Cauces, Santo Domingo Savio. Se juntaron para conseguir casas dignas: Movimiento Tuguriano.

De la tierra manaba agua todavía viva, manantiales en la tierra pelada; sembraron plátano, guineo, yuca, como lo habían hecho en sus montes. Conseguían trabajo de celadores, recepcionistas, vendedoras de dulces, recicladores. Pelearon con las Juntas Comunales porque las creían agentes del gobierno. A

los niños les decían zancudeños en los colegios de Aranjuez. Casitas de la Providencia, lo que hoy llamaríamos una organización público-privada, se llevó a algunos a casas prefabricadas en Manrique, Kennedy, Pablo VI, La Francia, pero no a cualquiera: tenían que certificar “buena condición social y moral” y “motivación al cambio”.

Con azadones excavaban la pila de restos. El carro de Zenú botaba carne de diablo y para los que llegaban de últimos, latas de salchichas estripadas. En el mercado compraban sal, azúcar, pollo y arroz. En navidad una estela de niños perseguía al vagón de primera clase, y al aguinaldo. Pero el tren también arrastraba otro tipo de carne: junto a una moneda podía refulgir un diente, un ojo, una cabeza. Muchos bebés morían, silenciosos, apenas una memoria remota para los niños que sí duraron.

La ley aparecía para sacar a la gente de lo que pertenecía a los restos. Las mujeres bordaban banderas de Colombia con restos de tela y las ponían en sus ranchos, para que a los carabineros les diera pena tumbarlas. En el Camilo Torres las embarazadas y los niños hicieron un cerco a la única pila de agua del barrio para protegerla de la policía. Si eso no bastaba, los cogían a piedra.

Una vez se armó pelea contra la Junta Comunal de Fidel Castro. Llegó la policía y se llevaron a Raquilina Bernal, a Ana Tulia David y a su hija Ligia Rojas, tres de las primeras que montaron rancho en esas breñas. En el calabozo, a punto de entrar a las celdas, continuó la pelea. Comunistas hijueputas, leprosas, las mentó el inspector. Ligia lo cogió de su poderosa chivera y lo *volió* de reja en reja. Afuera de la inspección se armó un plantón gigantesco exigiendo la liberación de las presas. Duraron 72 horas haciendo bulla. Cuando por fin la ley soltó a sus vecinas se armó farra con natilla, sancocho y trago. Todo el mundo bailó.

Ana Tulia David, Efigenia Velásquez, Heroína Córdoba, Roberto Cano, Bernardo Úsuga, Luis Alfonso Durango, muchos más, ya olvidados, o casi. Pioneras, revolucionarias, basuriegas. Algunas se hicieron un mural, u otra enumeración. Otras permanecieron, con hijos, nietos, bisnietos. Otros se fueron y nadie supo más de ellos.

Ya después no fue lo mismo. Exiliaron a Vicente y se salió de cura. La Alcaldía le ganó la pelea al Camilo Torres y su gente, con gallinas, cerdos, y cabras, salieron un día en volquetadas camino a donde hubiese casa barata y promesa de futuro. Fidel Castro se volvió Moravia; Valencia Cano, La Toscana Florencia, y Lenin, el botánico Francisco Antonio Zea.

Al final de la película, el hombre de la canoa, después de haberse perdido en la ciudad, se despierta en un cajón de basura, sin su canoa, y el destino lo lleva hacia Moravia. Se monta en uno de los carros de la basura, lo vemos correr. Termina debajo de un puente, donde hoy queda la estación Caribe del metro, mirando río arriba, como esperando la bajanza. De pronto ve a su embarcación en un río limpio, cubierto de una frondosa vegetación. ¿Es el pasado soñado? ¿O habrá mares que no podemos imaginar?

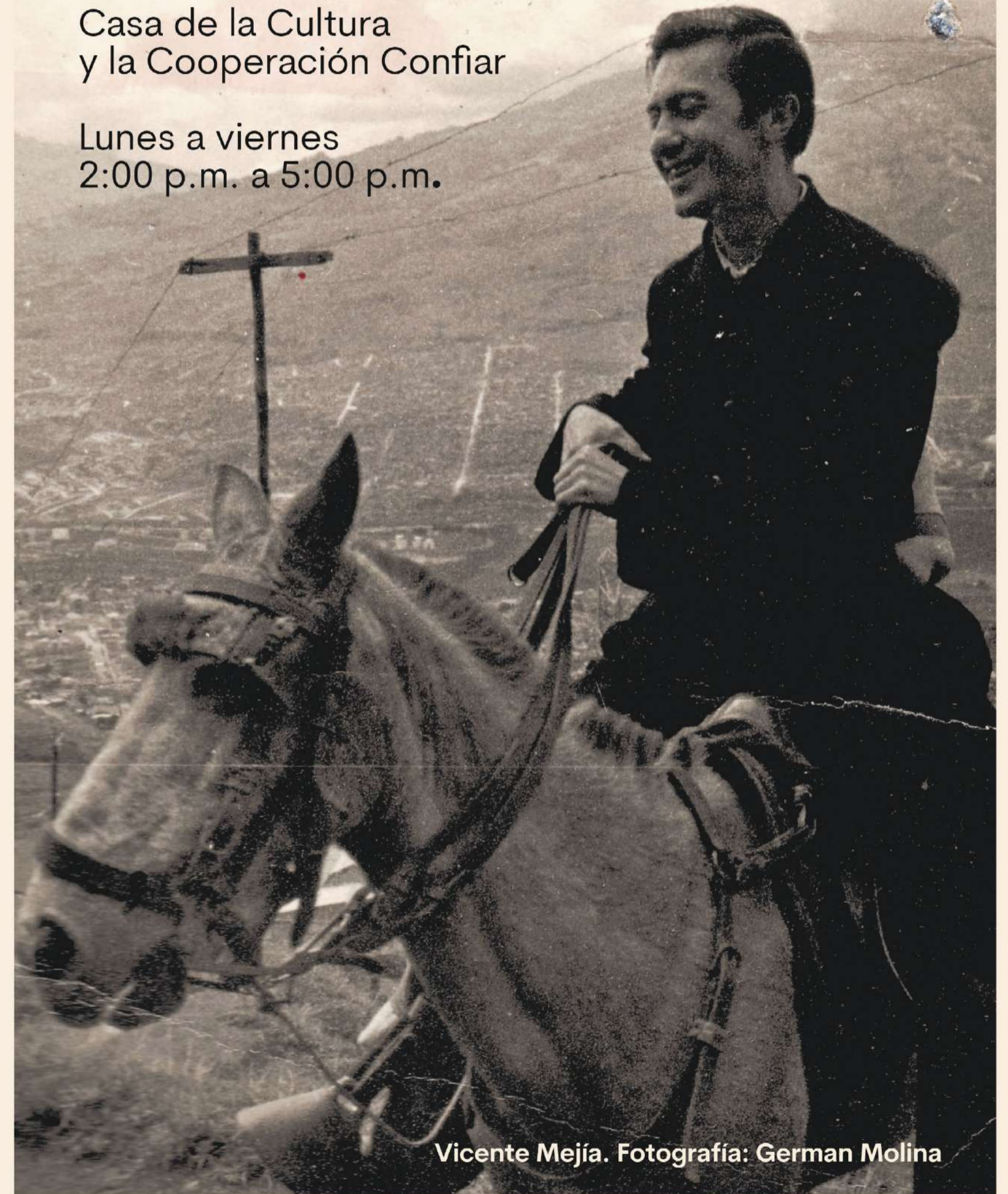
Una parte del basurero se la llevaron a la Curva de Rodas y la otra ardió una y dos y quién sabe cuántas veces. Llegaron fierros grandes y pequeños, manes de la limpieza y camionetas negras. Tiraron plancha y los ranchos sacaron segundo y tercer piso. Pablo le puso cancha al barrio. Algunas peleas se calmaron, otras jamás; la gente envejeció. Siempre recién llegados, del Chocó, de Venezuela: nuevas sancochadas con alguna calle cerrada al dolor por un fin de semana de música y trago. Nunca la ciudad es más real que cuando ya no es. ©

Exposición

MEMORIAS DESDE EL TUGURIO

Casa de la Cultura y la Cooperación Confiar


Lunes a viernes
2:00 p.m. a 5:00 p.m.



Vicente Mejía. Fotografía: German Molina

Invitan:

Komuni

 universocentro

confiar
coop

De Medellín a Puerto Berrío, pasando por una gonorrea

por RICARDO ARICAPA • Ilustraciones de Titania

Su primera noche en Medellín París Trejos la pasó en el hotel que el arriero Julio Rojas le recomendó, ubicada cerca de la estación del ferrocarril, un sector conocido como La Bayadera, que no demoró en encontrar, solo esperar que escampara.

La cuadra donde quedaba el hotel era epicentro de una agitada vida nocturna, plagada de cantinas y hoteles baratos para gente de paso, donde el silencio brillaba por su ausencia y después de las diez de la noche no entraban sino parejas. El cuarto que le asignaron quedaba justo en el sector más trajinado por estas.

De no ser por el cansancio acumulado del viaje, la bulla y el chirrido de las camas en los cuartos vecinos no lo habrían dejado pegar el ojo. Y a eso se agregaba la posibilidad, alta, de que le robaran dormido, dada la calaña de la clientela del hotel. Así que para poder dormir tranquilo puso su maleta como almohada y los zapatos los pisó con las patas de la cama.

Lo primero que hizo al día siguiente fue buscar otro hotel más cerca del centro de la ciudad, así le tocara pagar el doble. Y lo segundo, cambiar toda su provisión de pantalones. Lo usual era que los chicos se alargaran los pantalones al cumplir quince años, y a él todavía le faltaban varios meses para cumplirlos. "Le faltaba pelo para el moño", como se decía. Ahora su nueva vida lo obligaba a madurar biche, a no ir por ahí de pantalón cortico. En una sastretería encargó media docena de pantalones largos, hechos a su medida y a la moda de la ciudad. En eso se le fue una buena tajada de sus ahorros, porque también tuvo que comprar camisas y zapatos. Le tocó reinventarse, mejor dicho, pasar de niño a adulto sin pagar el peaje de la adolescencia. Ahora estaba solo frente al mundo, y lo que no hiciera por sí mismo nadie más lo haría. Eso en



plata blanca significaba que ya era adulto, y como tal tenía que comportarse.

Los primeros días se dedicó a recorrer la ciudad y sus recovecos, una ciudad pujante por donde la mirara. El censo de la época informaba que tenía ciento cincuenta mil habitantes, y que su desarrollo en los últimos veinte años igualaba todo el acumulado de los doscientos años anteriores. Aparte de la altura de algunas edificaciones, le impresionó especialmente la catedral, ante la cual los demás edificios lucían pequeños, *enanecían*, si se admite el término. Era una mole de ladrillo cocido cuyas cúpulas se distinguían desde cualquier parte del valle de Aburrá, por ahí tres veces más grande que el templo San Sebastián de Riosucio, calculó.

Igual quedó maravillado ante la cantidad de automóviles, de todos los estilos y colores; las avenidas asfaltadas, nada que ver con las calles empedradas de su pueblo; los almacenes de

ropa y los maniqués vestidos con trajes completos (en su vida había visto un maniqué) y las vitrinas que exhibían los aparatos eléctricos que estaban cambiando la vida doméstica: neveras, licuadoras, estufas, tocadiscos, aparatos que conocía de oídas porque en Riosucio solo las familias más pudientes los tenían. Aunque de poco les sirvieran, pues la corriente eléctrica en su pueblo era precaria, su voltaje apenas alcanzaba para encender bombillos y uno que otro aparato. Y oscilante: se iba en el momento menos esperado y volvía cuando le daba la gana.

Hasta cuando advirtió que no podía seguir en la vagancia. A ese paso: andando, comiendo y gastando sin producir un peso, más temprano que tarde se le acabarían sus ahorros y por fuerza tendría que regresar a Riosucio, otra vez con el rabo entre las patas. Y eso era lo último que deseaba. Entonces decidió buscar oficio. Como no quería ser

empleado de nadie, lo que también era difícil por su edad, la única opción era invertir su dinero en algún negocio.

Barajó opciones y se decidió por el comercio callejero de retales de tela, el negocio que le recomendó —quién lo creyera— un vagabundo alcohólico que conoció en el Parque Bolívar, una mañana que casualmente se sentó en su banca. El hombre la consideraba su banca porque ahí se mantenía sentado y nadie más se sentaba, nadie se atrevía, más bien, porque hablaba duro y expelía un tufo harto maluco.

Resultaron conversando de largo, para eso ambos tenían todo el tiempo. Pese a su aspecto descuidado y sucio, el borrachín era una persona educada, se expresaba bien y sabía de lo que hablaba. Le contó que provenía de una familia distinguida, que en el pasado tuvo comercio exitoso de telas, pionera del negocio en la ciudad, él personalmente fue dueño de un almacén

en plena carrera Junín. Pero esa vida se la arrebató el licor, junto con su familia, sus amigos y su reputación. Pero conservaba intactos sus conocimientos del comercio textil, y se ufanaba de ello. Cuando él le preguntó cuál era el mejor negocio para invertir un capital de mil quinientos pesos, sin dudar lo borrachín le contestó que revender retales de tela en la calle, comprados a bajo costo como saldos de fábrica.

Le creyó. Averiguó sobre fechas y horas de la venta de saldos en las textilerías, y le madrugó a una. Compró un lote de retales en distintos colores y calidades, y empezó a trabajar de lunes a sábado desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde, con su mercancía exhibida en un parapeto que él mismo ideó. El recorrido lo iniciaba en la estación del ferrocarril, de allí pasaba a la estación del tranvía y los otros sitios que le indicó el borrachín.

El trabajo era duro, pero vendía bien sus retales. Terminaba la jornada tan sudado y cansado que lo único que quería era pegarse un baño en las termas de Guayaquil, mejores que el baño del hotel donde se alojaba, que era de chorro frío y delgadito, y casi siempre con cola de espera porque no había más baños. En contraste, en las termas el chorro era grueso y calentito, y las toallas limpias y aplanchadas, fragantes incluso si pagaba un importe adicional.

Con el paso de los días y la práctica del oficio fue haciendo sus propios hallazgos. Por ejemplo, descubrió que las coperas y las mujeres de los prostíbulos eran buenas clientas. Entonces a su itinerario le agregó recorridos por los bares de Guayaquil y La Bayadera, y los burdeles que quedaban al norte de la ciudad, a donde iba por las tardes, cuando el tranvía no presentaba tanta congestión y las mujeres estaban en tiempo muerto, podían atenderlo.

Su mayor entretención, casi la única, era el cine. Le encantó, fue lo mejor que encontró en la ciudad. No se perdía los estrenos del Junín, un teatro inmenso, como para tres mil espectadores, que presentaba películas en pantalla gigante con sonido perfecto. Se escuchaba todo: las conversaciones, los balazos, los portazos, los frenos de los carros, los gritos de Tarzán, el chasquido de los besos que el guapo le daba a la muchacha. Nada que ver con el cine mudo que presentaban en Riosucio, películas latas casi todas.

Pero era el teatro Bolívar su preferido, más pequeño, pero hermoso. Presentaba los grupos musicales y las compañías de teatro y zarzuela que pasaban por la ciudad, espectáculos inaccesibles para él, no solo por costosos, también porque no tenía ropa adecuada, el teatro exigía cierta etiqueta. Solo iba cuando programaba cine, este sí barato.

Su incursión a los garitos demoró más tiempo. Los tahúres de Medellín eran de fama, y él se sentía aún novato como para meterse con ellos, el riesgo era alto. Así que iba solo a mirarlos jugar y ver qué aprendía. También empezó a visitar las galleras. Aclarando que no sabía nada de riñas de gallos, ni siquiera conocía una gallera por dentro, pese a ser hijo de Lázaro Trejos, el gallero mayor de Riosucio. Solo sabía lo que aprendió en el galpón donde su padre criaba sus gallos, a alimentarlos y sacarlos al patio para asolarlos. Su padre siempre se negó a llevarlo a la gallera porque no confiaba en él, pensaba que le podía hacer daño. Decía que una afición a los gallos mal llevada podía ser tan pernicioso como el licor y los juegos de azar. Y como eventualmente viajaba desde Riosucio para competir con los galleros antioqueños, él debía andar con cuidado cuando visitaba una gallera, no fuera que en alguna se topara con su padre, y eso era lo último que quería.

Cuando se tomó más confianza empezó a ir a los bares de Guayaquil, a escuchar música, tomar cerveza y pirpear a las coperas. Llegaba temprano para sentarse en la barra, donde en ocasiones encontraba con quien conversar. Aunque prefería estar solo, de *copisoler*. Algunos bares tenían grupo musical de planta, otros rocolas, también llamados pianos, que funcionaban con monedas. Era la sensación del momento los pianos, que en pocos bares había porque eran costosos. Su parrilla de discos ofrecía todos los géneros de la música: boleros, danzones, guarachas cubanas, bambucos, pasodobles, tangos, interpretados por los cantantes y las orquestas originales. Era imposible para los músicos competir con estas máquinas, aparte de que eran buen negocio para el dueño del bar, quien no solo se ahorrraba el costo de los músicos en vivo, sino que cada canción en el piano era una moneda más para su bolsillo.



La ruta de los bares inevitablemente terminó por arrimarlo a la orilla de los burdeles, ya no como vendedor de retales, sino como cliente. No se aguantó las ganas de mujer y le pagó el servicio a una jovencita del Chagualo, un popular puteadero en el norte de la ciudad. Con la mala suerte de que la jovencita era nueva en el oficio y resultó tan inexperta como él. Dos semanas después probó suerte con una veterana del Fundungo, y le fue mejor. Siguió yendo cada quince días. Los sábados y domingos no iba porque los bares eran más concurridos, se bebía más trago y no faltaban las peleas, incluso entre las mismas mujeres. La de menos cargaba una barbera en la cartera, según lo leyó en una crónica de prensa. Y él detestaba las peleas, siempre que podía las evitaba. Eso sí lo aprendió de su padre.

En las vecindades del cementerio San Pedro estaba la calle Lovaina, a donde acudía solamente cuando le iba

bien con los retales porque allí los polvos eran más costosos. Pero el entorno era seguro y el ambiente de las casas más agradable, no en vano los fines de semana su amplia calzada se convertía en parqueadero de los carros de los ricos de Medellín, que allí tenían sus preferidas. Eran casas manejadas por matronas que tenían al servicio de sus clientes las mujeres más lindas, preparadas, aseadas, mejor presentadas y mejor habladas, más que las de los otros burdeles, esa era su fama. Lo cual era cierto solo cuando las mujeres estaban en sano juicio, porque cuando se emborrachaban eran igual de guaches que sus colegas del Chagualo. Por lo general, eran jóvenes que llegaban desde los pueblos llenas de necesidades e ilusiones, en ese orden, por lo que en la ciudad eran presa fácil de las matronas, que las tomaban bajo su protección y las adiestraban en el antiguo arte de amañar a los hombres, el abecé del oficio en la mesa y en la cama. Algunas incluso

contagió se llamaba Luisa Fernanda, como la heroína de la zarzuela, la alumna más linda y aplicada del colegio. La apodaban "la licuadora", como el nuevo aparato electrodoméstico que exhibían las vitrinas de los almacenes.

Durante varias semanas padeció las verdes y las maduras con su gonorrea, que lo tuvo encerrado varios días en el hotel, para evitar que lo vieran caminando raro. Esto porque era una enfermedad vergonzante, que había que ocultar, así fuera tan común como la gripa. El dueño del hotel, para no ir más lejos, tuvo su gonorrea, y fue por tanto la persona que le ayudó a pasar ese trago amargo. Lo acompañó al Dispensario Municipal, como se llamaba el centro médico donde atendían a los contagiados con venéreas. Solo que la penicilina aún estaba en fase experimental, faltaban varios años para que se vendiera en las boticas, por lo que el tratamiento contra la gonorrea era tanto o más penoso que la misma enfermedad.

Una vez recuperado de su enfermedad se prometió evitar las mujeres de mala vida, o por lo menos ser mucho más cauto y escrupuloso con sus relaciones. Se concentró en su oficio de retalero para recuperar el tiempo y el dinero perdidos. Como novedad, extendió su radio de acción a los barrios residenciales en recorridos casa a casa, lo que hizo más dispendioso su trabajo, pero mejor la ganancia. Como también empezó a revender mercancía de contrabando: relojes finos, perfumes, cosméticos, encendedores, navajas suizas, cosas así, que conseguía en el mercado negro. Sabía que se exponía a que le decomisaran la mercancía, e incluso a pagar cárcel, pero se arriesgó. No conocía a nadie que hubieran metido a la cárcel por eso.

Fue en esta época que conoció a Matilde, suceso trascendental en el que toca detenernos un rato, pues fue su primer amor de verdad, el que rompió el cascarón de su corazón inocente, y el que le endulzó y le amargó la vida casi por parejo, lo que no le había pasado con ninguna mujer.

Todo empezó la tarde en que andaba con su mercancía por el morro del barrio El Salvador, al oriente de Medellín, y tocó la puerta de su casa por azar. Ella abrió. El sol que a esa hora recostaba sus rayos hacia esa parte de la ciudad la iluminó de los pies a la cabeza, de una manera casi mágica. En sus andanzas por los barrios había conocido muchas mujeres, tanto o más bonitas, pero sintió que esta tenía algo especial.

Le dijo que se llamaba Matilde y se mostró simpática, despierta, buena conversadora. Lo atendió sin afanes. Examinó las telas y los cosméticos y se quedó un largo rato en los perfumes. De cada uno se echó una gota para probar su aroma. Pero al final no compró nada.

—Muy lindas sus telas, huelen muy rico sus perfumes, pero lástima que ahora no tenga plata. Tal vez otro día

le compro. Y perdone que le haya hecho perder el tiempo —se excusó.

—No importa —la cogió él en el aire—. Ningún minuto con usted se puede contar como tiempo perdido.

Es más, hizo lo que no había hecho con ningún cliente, o clienta: le entregó al fiado el producto, el perfume que más le gustó.

—Me lo paga cuando pueda —le dijo—. No me perdonaría que una mujer tan linda como usted se quede con ganas de un perfume por culpa mía.

Se sintió entonces con la excusa para repetirle la visita una semana después. Tocó la puerta a la misma hora y ella de nuevo abrió. Como pretexto le pidió el favor de que le diera un vaso de agua para mitigar la resolana. Era enero y el calor en la calle acosaba.

Mientras él tomaba el agua, Matilde le contó que estaba muy contenta porque esa mañana supo que la habían aceptado como hilandera en la fábrica de Coltejer, Coltefábrica, como se conocía, que no quedaba lejos de su casa, podía ir caminando. Él entonces, para no quedar atrás, le habló de una película que vio en el Junín, *Tarzán de los monos*. No vio de qué más hablarle. Antes de despedirse le soltó varias galanterías y tuvo el cuidado de no mencionarle, ni siquiera insinuarle, la deuda del perfume. Y ella tampoco la mencionó.

Para la tercera visita ya no necesitó pretexto. Llegó con una caja de chocolates del Astor, una repostería nueva que vendía los postres y confituras más caras de la ciudad, con sello suizo. Luego le hizo dos visitas más, ambas armadas con golosinas del Astor, y por esa vía terminó enamorándose. Si amor podía llamarse eso que estaba sintiendo por dentro, esa ilusión que unas veces lo ponía altico del suelo y otras lo abrumaba de dudas y dilemas, esa pensadera, esa ansiedad solo comparable con la que de niño tuvo por las hermanas Zamora, en Riosucio, esta netamente carnal, asociada a las ganas de explorarles las tetas y todo lo demás. Su ansiedad por Matilde, en cambio, obedecía a otra lógica, a otras palpitaciones. El solo mirarla y estar a su lado lo hacía un hombre feliz, no necesitaba explorarle nada.

Una tarde se armó de valor, no sin antes tomarse tres aguardientes para darse ánimo, y se le declaró. Y Matilde lo aceptó, con el visto bueno de sus padres. Acordaron que la visitaría los miércoles al final de la tarde, después de la jornada de ella en Coltefábrica. Al principio visitas de dos horas, después de tres, muy pocas en todo caso para su apremiante necesidad de pasar más tiempo con ella, todo el tiempo. Y ni modo de invitarla a cine, sus padres no le daban permiso.

El padre de Matilde era boticario, administraba una farmacia en Guayaquil, y con él hizo buenas migas. Con su suegra, en cambio, desde el principio las migas fueron esquivas, y no supo por qué. La señora lo miraba con desconfianza y no despegaba el ojo del mueble donde se sentaba a conversar con su

hija. Tuvieron que pasar dos semanas para que les permitiera salir a conversar al mirador del frente de su casa, desde donde tenían una amplia panorámica de la ciudad.

Así que derretir el hielo con su suegra tenía que ser su primer objetivo antes de avanzar en cualquier dirección. Al menos no tenerla a la enemiga, porque sin su permiso y visto bueno no había paraíso. No solo era la consejera de cabecera de su hija, también le controlaba los tiempos y le administraba los permisos, e incluso, hasta donde podía, trataba de influir en sus deseos. Su primer lance en ese objetivo fue el paseo a La Perla, famoso charco de la quebrada Santa Elena, al que un domingo invitó a su suegra y al resto de la familia. Fueron todos a ese paseo: Matilde, los padres de esta, sus dos hermanas y el perro de la casa. Los fiambres y refrigerios del camino, todo, corrió por cuenta suya.

lo más importante: su suegra se comportó como una sedita, un dechado de amabilidades y sonrisas con él, lo que nunca. De no ser por la abultada cuenta que debió pagar por la picada de carnes y la botella de ron con Coca-Cola que pidió, la noche hubiese sido completamente fantástica.

Después de aquella noche la computadora de los permisos se abrió. A Matilde su madre ya le permitió ir con él a cine, pero no sola, debía ir con alguna de sus hermanas, o con las dos. También le permitió ir al teatro Bolívar, a ver una compañía de artistas españoles, espectáculo tres veces más costoso que el cine, sin contar la muda de ropa y los zapatos que debió comprar para ajustarse a la etiqueta del teatro. Gastos que, si bien hicieron mella sensible en su cuenta de ahorros, para nada lo mortificaron. Hacían parte de la contabilidad del corazón, donde los egresos no cuentan. Estaba enamorado, y un hombre

descansaba de su trabajo en Coltefábrica. No era día de visita, simplemente él andaba en una diligencia cerca del morro de El Salvador y le pareció oportuno aprovechar y caerle a ella por sorpresa, una visita relámpago.

Pero la sorpresa se la llevó fue él. Alcanzó a ver a Matilde en la puerta de su casa tomada de la mano de un señor mayor, lo doblaba en edad a él, calculó. Entonces se detuvo en seco, prefirió ver la escena desde donde estaba, mientras ella, embelesada con el señor, ni notó su presencia. Pero lo peor, lo que más lo emputó, fue el fulgor que vio en su rostro, los ojos satisfechos con los que miraba al señor, de una manera como a él nunca lo había mirado.

Pasaron varios segundos, eternos, antes de que Matilde volteara y notara su presencia, que era lo que él esperaba para dar la media vuelta y abandonar la escena de la traición. Sólo quería eso: que ella supiera que él sabía. Entonces echó a caminar calle abajo como un zombi, tratando de procesar su desconsuelo, al tiempo que en su cerebro se atropellaban las preguntas y en su corazón se le encrespaba la rabia; una rabia más contra él mismo, por haber persistido en una relación que sabía que no iba para ninguna parte, que no era sino un gastadero de plata. Pruebas y alertas tempranas de eso había tenido suficientes, pero no las atendió. ¿Cuánto tiempo llevaba Matilde jugándole la doble con ese señor?, era la pregunta que más lo mortificaba.

Tomó la ruta más corta al centro de la ciudad para llegar rápido al hotel y tirarse en la cama de su habitación a llorar, aunque ya dudaba si mejor no era irse de una vez para una cantina de Guayaquil a ahogar en el licor la traición de Matilde. Y en ese dilema estaba cuando escuchó una fuerte explosión al sur del valle, por los lados del aeropuerto, seguida de una gran humareda, que alcanzó a ver desde donde estaba.

En efecto, la explosión ocurrió en plena pista del aeropuerto Olaya Herrera. Lo supo cuando llegó al hotel y encontró a los huéspedes y empleados pegados del radio de la recepción, todos atentos a la noticia que un periodista transmitía en directo desde la torre del aeropuerto. El sonido llegaba defectuoso porque era por vía telefónica, por lo que a veces lo apagaba la estática, y después resurgía con toda su potencia. La noticia no podía ser más pavorosa. Dos aviones chocaron y se incendiaron en la pista con saldo de diecisiete cadáveres completamente calcinados. Una de las víctimas confirmadas era Carlos Gardel, cantante argentino de tangos y exitoso artista de cine, quien venía de Bogotá y se encontraba en el Olaya Herrera en tránsito

enamorado no repara en gastos, rezaba un refrán, del cual se pegó. Pero a medida que pasaban las semanas empezó a incubarse en su mente la incómoda sensación de ir montado en el bus que no era, de estar atascado en un noviazgo que no avanzaba, o avanzaba muy lento. Además, con el presentimiento de que a Matilde no le interesaba tanto su cariño como sus invitaciones y regalos. Algún indicio tenía de eso, pero prefirió ignorarlo, darle tiempo al tiempo y esperar que el poder del amor obrara el milagro, que Matilde dejara su esquiviz y fuera menos refractaria a sus besos. Porque hasta ese momento los únicos besos que le había logrado fueron robados, al escondido de sus hermanas. “El amor no necesita afán, ni la pandereña golpes”, rezaba otro refrán, y de ese también se pegó.

El desenlace de sus cuitas no tardó mucho. Fue un lunes, un poco antes de las tres de la tarde, día en que Matilde

hacia la ciudad de Cali. El avión en el que viajaba, un Ford trimotor de la empresa Saco, había hecho escala para recoger pasajeros y abastecerse de combustible antes de continuar su viaje a Cali. Pero no lo pudo hacer. En el momento en que se aprestaba a despegar chocó de frente con un avión de carga de la empresa Scadta.

Cuando París Trejos se sumó a la audiencia de la transmisión, el periodista que narra el suceso describía el esfuerzo de los bomberos para apagar las llamas y daba detalles sobre la tragedia. El cantante argentino era el más conocido en la lista de víctimas, pero no el único personaje importante. También figuraban funcionarios del gobierno y todos los músicos de la orquesta de Gardel, incluido el poeta brasileño Alfredo Lepera, quien le escribía los tangos que cantaba en las películas. De estas París Trejos solo había visto una, en el teatro Junín, y con esa tuvo. La película solo tenía pedazos buenos cuando Gardel cantaba, de resto le pareció una lata inmisericorde.

Una enorme tragedia, como no se había visto otra en los quince años de la aviación comercial en Colombia, siguió comentando el periodista, quien como el que más lamentaba la muerte de Carlos Gardel, su amigo personal, según lo repetía. Justo por eso estaba en el aeropuerto en el momento del accidente: había ido a saludar a su amigo. Pudo ver entonces cuando uno de los aviones perdió la línea de despeje y chocó contra otro que se encontraba estacionado en la cabecera de la pista. La explosión fue pavorosa porque ambas aeronaves estaban llenas de combustible. Cómo sería, que el cadáver de Gardel lo reconocieron por el llavero que cargaba.

París Trejos escuchó un buen rato la transmisión, atento y acongojado como todos, hasta que su curiosidad quedó satisfecha y entonces su mente regresó adonde estaba antes: a su tragedia personal, a la traición de Matilde. Y a su rabia, una rabia sin dirección que le ardía por dentro como otro incendio, uno que ningún bombero podía venir a apagar. Así que subió a su habitación y se tiró en la cama a llorar a moco tendido, despreocupado por el volumen de su llanto porque todos estaban ocupados abajo con la transmisión radial, nadie lo escuchaba.

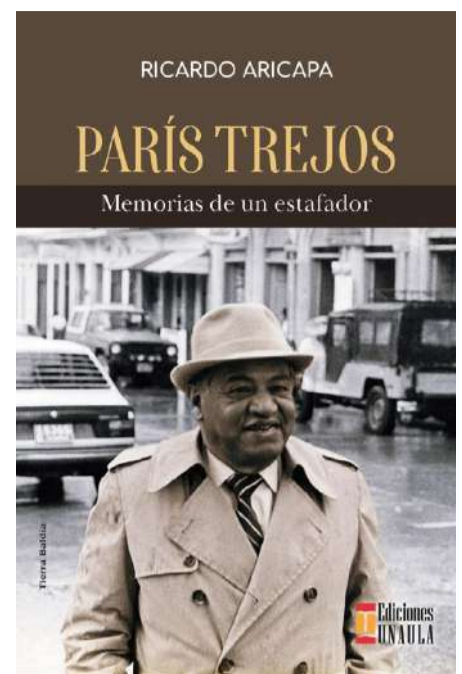
Superar la amargura de esa primera derrota de amor le costó varios meses, en los que no dejó de pensar en Matilde. Solo pensar, porque no se volvió a dejar ver de ella, no tuvo el coraje para confrontarla y pedirle al menos una explicación. ¿En qué él le había fallado? ¿Qué tenía el señor que no tuviera él? Se quedó atragantado con esas preguntas, a las que trató de encontrarles respuesta en los pianos de las cantinas. Había una canción, *Nunca*, de Guty Cárdenas, que marcaba con insistencia porque le daba en toda la pepa a su despecho. Llegó al extremo de coger una foto que tenía de Matilde, recortarla en redondo y ponerla en el fondo de la copa de aguardiente, para, literalmente, beberse su recuerdo, mientras escuchaba sin consuelo “Nunca. Yo sé que inútilmente te venero, que inútilmente el corazón te evoca. Pero a pesar de todo yo te quiero, aunque nunca besar pueda tu boca”. Es más, una noche de desesperación estuvo a punto de contratar músicos y llevarle una serenata de despecho. Pero tuvo un instante de sensatez y logró contenerse. Decidió que no valía la

pena seguir gastando más lágrimas y plata en la ingratitud de una mujer.

Por fortuna, su despecho no le hizo perder el apetito. Todo lo contrario. Comer fue una especie de lenitivo a sus quebrantos, que además le sirvió para aumentar de peso. Ganó tres kilos, finalmente lo único rescatable de su naufragio. También comprendió que en Medellín ya había cumplido su ciclo, que esta ciudad ya le había dado y quitado todo lo que le iba a dar y a quitar. Además, nada lo retenía, ni amigos tenía. Solo el dueño del hotel y el vagabundo de la banca del Parque Bolívar, a quien no dejó de visitar cada dos semanas, con su botella de aguardiente de regalo.

Decidió, en fin, que ya era hora de abrirse y probar suerte en otros lares, de ahogar su desazón en otras aguas, ojalá lejanas. Cualquier día empacó sus haberes y el lote de telas que le quedó sin vender, al que agregó otro nuevo que compró, y se dirigió a la estación del ferrocarril para abordar el tren de turno hasta Puerto Berrio con la idea de llegar a Barranquilla, ciudad de la que tenía buenas referencias por uno de los inquilinos del hotel, barranquillero él.

Pero antes, en el camino a la estación, se detuvo en la oficina de correos para echar al buzón la carta que tenía escrita para Matilde. Una carta de dos páginas en letra menuda que cargó en su bolsillo durante un mes, sin atreverse a enviarla. No se ahorró nada en esa carta, vació en ella todo su resentimiento y la expulsó de su corazón por la puerta de atrás. Le dijo hasta de qué se iba a morir. Se sintió más liviano cuando puso esa carta en el buzón. ©



*Capítulo II del libro *París Trejos*, Ediciones Unaula (2022).



La octava edición de **Innovate Emprendiendo** ya está en marcha y elegirá **50 equipos con ideas novedosas en temas como economía circular o transición energética**. Aquí le contamos qué es y por qué representa una oportunidad para los jóvenes con iniciativa de crear empresa.

El laboratorio con el que EPM fortalece el ecosistema de innovación



Foto: EPM

Dijo Heráclito que uno no se baña dos veces en el mismo río. En la misma corriente dice hoy Luis Fernando Díaz que las ideas de negocio que entran a Innovate nunca salen iguales.

Díaz no es filósofo, pero es profesional en la Gerencia de Nuevas soluciones de EPM. Innovate es Innovate Emprendiendo, el programa de capacitación de Empresas Públicas de Medellín que apoya a estudiantes universitarios o empleados de la empresa, con buenas ideas y ganas de encontrar soluciones innovadoras.

epm®

“Lo que buscamos con Innovate es formar a jóvenes universitarios o intraemprendedores para que sus iniciativas se puedan implementar o se puedan desarrollar de una manera efectiva. Tenemos algunas reglas y es que las iniciativas estén alineadas con los focos estratégicos de EPM que actualmente son cuatro: transformación digital, transición energética, hidrógeno y economía circular”, explica Díaz, profesional a cargo del programa.

Olimpiadas del emprendimiento

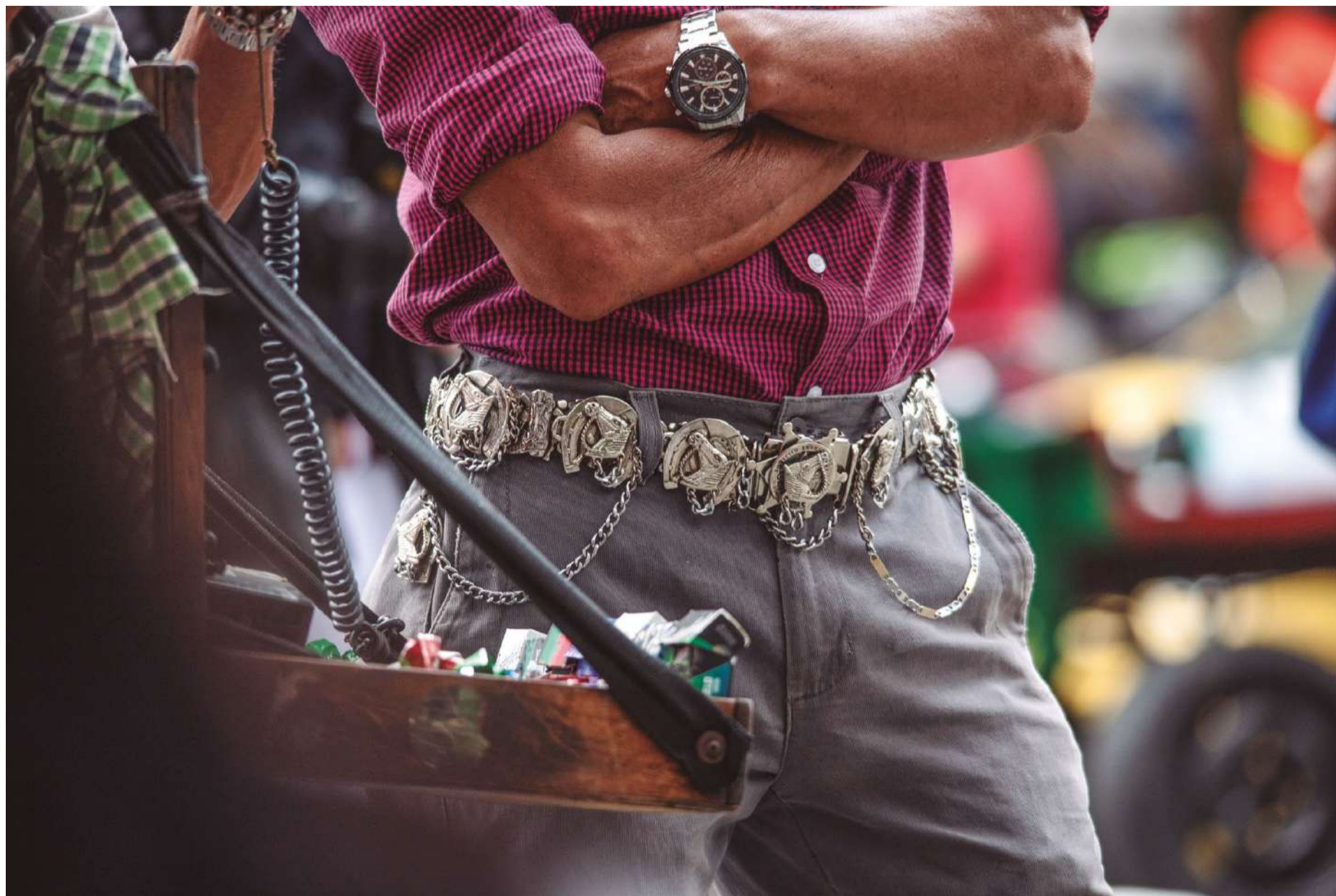
Ese proceso de formación, explica el vocero, dura entre tres y cuatro meses, aplica para todos los lugares donde hace presencia EPM y sus filiales, y tiene varios filtros. Primero, un grupo grande —de máximo 50 equipos— comienza un proceso de formación básica con módulos de innovación y emprendimiento en temas como *design thinking*, finanzas, arquitectura de marca, entre otros. Ahí el grupo se depura a 20 equipos que participan en un proceso de formación avanzada y luego un jurado evaluador termina por seleccionar los cinco ganadores de cada año.

Más allá de todo el acompañamiento y capacitación, los ganadores acceden a la posibilidad de acelerar su iniciativa si llega a un punto de madurez suficiente y asisten a un evento de clausura, que el año pasado fue en Panamá y este 2023 será en Guatemala. El intercambio de ideas con emprendedores de otras regiones y de otros países también es un plus del programa:

“En un ecosistema de innovación cuando se promueve el desarrollo de competencias afuera de alguna manera estamos creciendo adentro. Esa es una regla básica de innovación porque algunos de esos emprendedores que se forman con nosotros serán quienes solucionen los desafíos que tenemos en EPM y que además son desafíos globales”, explica Díaz.

Carlos Enrique Vélez Restrepo, por ejemplo, fue uno de los finalistas de Innovate Emprendiendo en 2020 con su proyecto Mappex. Estar en el programa le sirvió para darle valor a su emprendimiento y recibir apoyo legal para tener todos los papeles en regla:

“Mappex consiste en aplicarle internet de las cosas, es decir tecnología 4.0, a la movilidad en lo que tiene que ver con transporte de personas y de mercancía para lograr eficiencias en el uso de los vehículos. Por ser finalistas nos apoyaron desde Ruta N para ser apalancados y con acompañamiento jurídico. Es un apoyo clave tanto en las capacidades que pueden faltar en la empresa como en la parte técnica y comercial”, contó.



MONTAÑEROS DE CIUDAD

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ • Fotografías de Juan Fernando Ospina

Después del delirio de progreso que transformó a la Bella Villa en una urbe ufana y humeante, cuyas músicas fabriles pronto opacaron los viejos estribillos de vereda, la palabra montañero vino a designar de modo peyorativo las maneras y ademanes que delataban la ingenuidad provinciana, el vestir pintoresco, demodé, o la rusticidad en el habla. Había que estar a tono con los tiempos ilustrados de las élites, que leían en francés a Víctor Hugo, aunque lo hicieran en secreto, so pena de excomuniación. Tal revuelo civilizatorio, donde hasta el bobo Marañas mandó a la luna a alumbrar a los pueblos, por anacrónica, obligó a cambiar de postura. Y mientras se tumbaban viejos edificios para levantar las moles modernistas, nació un engendro remozado, con un verdor reprimido: el montañero de ciudad.

El carácter de este poblador podría emparentarse con otras especies, como el hillbilly estadounidense o el guajiro cubano, en cuanto retratan a la gente que aún conserva sus modales y anhelos del campo donde se criaron, con sus andares y silbos particulares. Ya lejos de la teoría de don Luis López de Mesa, que esgrimía el esperpento étnico de creer en una raza antioqueña, los montañeros de ciudad, hombres y mujeres, expresan

un surtido de afectos y sentidos que vale la pena inventariar como semblanza, acaso, de una especie en extinción.

Hay tantos montañeros de ciudad como razones que los obligaron a emigrar. Abarrotados en torno al surrongo de unas guitarras que tocan música de carrilera, en el Parque Berrío, el observador encuentra a los que llegaron a Medellín expulsados por distintos ejércitos; a los buscadores de fortuna que cambiaron el oro por la venta de abarrotados; o los que pensaron de verdad, como Rimbaud, que había que ser modernos por obligación; también aquellos que evitaban ser diamantes en bruto y buscaban tallarse con el estudio; o los que entraron persiguiendo un globo, un amor u otra quimera, ya que el montañero de ciudad si algo conserva es su vena fabulosa.

George Steiner, a propósito de la experiencia trágica de llegar a una tierra extraña, recordaba que en alemán la palabra siniestro (*unheimlich*) provenía de dos vocablos que significan “alguien a quien se echa afuera”. La cita me conduce a la historia de tantos montañeros que llegaron de manera forzada a la selva de cemento. Alguien me contó que vio a un señor, en el cruce de semáforo, con un azadón al hombro. Iba con la mirada abstraída, corriendo el albur de ser pisado por un carro. El informante

lo vio pasar por la curva de una glorieta hacia el centro de la misma, en una rotunda plena de vegetación y un jardín ya enmontado. Al parecer, en medio de su anhelo de labranza, el hombre había enterrado semillas de maíz que germinaron y crecieron hasta volverse plantas. Ya estaban de coger las mazorcas, cuando vino la policía y lo volvió a expulsar por invadir el espacio público con una huerta.

El anhelo de un sembradío entre el parque automotor ya lo avizoró Carlos Vieco, en la temprana aurora del siglo XX, cuando compuso su pasillo *Tierra Labrantía*, que transita a buen ritmo entre lo que se tenía hasta lo que ya no se tiene.

Abierta a golpes de la mano mía
Tengo en la plenitud de la montaña
Una faja de tierra labrantía
Y levantada al fondo mi cabaña.
(...)
Sin tu presencia en mi
heredad no existe
La paz serena que persigo y quiero.
Ven a entibiar mi vida sola y triste
Que hace ya mucho tiempo
que te espero.

La elegía a los campos se dejaba ver en otros títulos de Vieco como *Echen pal morro*, donde elogiaba a los insurrectos que evadían el servicio militar, por ejemplo. También está en las trovas de

Tartarín Moreira, versión desparpajada y aguardientera de otra especie de montañero urbanita.

La extrañeza de estos inmigrantes proviene de no estar del todo en el lugar donde se vive, pero de no haber dejado tampoco, del todo, su vereda de origen. Un inglés de provincia, Philip Larkin, también lo expresó en poesía:

Esto es lo primero
que yo aprendí:
el tiempo es el eco de un hacha
adentro de un bosque.

La montañerada no es privilegio de estos meridianos, aunque es en Antioquia donde más libros se han escrito para elogiar la pujanza de los que abrieron trochas, los pioneros que con su hacha zanjaron las fronteras del progreso. La lista es larga y tiene como patriarca a Gregorio Gutiérrez González y su *Memoria del cultivo del maíz*, un libro como el *Anábasis* o *La Elegía de Varones Ilustres*, con el verso bien rimado, altisonante, que es como sonaba mejor esta clase de épica. Aunque siguen otros nombres, *Arrieros y fundadores*, de Eduardo Santa, *La raza antioqueña*, de Libardo López, más la sarta de canciones y poemas, algunos exaltados y llorosos como los de Jorge Robledo Ortiz y sus rimas de *Si quiera se murieron los abuelos*.

Ya en los comienzos del siglo XX, los andurriales urbanos dieron albergue a

muchos hijos pródigos. Movidos por el rito ancestral de irse de la casa a andar mundo y sentar reales, lejos de la heredad de los padres, como en las novelas de formación, para aprender y ganar experiencias al calor de otros pueblos, la gente de la provincia, mestizos de toda laya, hicieron sus primeras armas en las fábricas, talleres de artesanos, pero también en los burdeles, en las timbas y cantinas, todas ellas fraguas de los primeros montañeros de ciudad. No solo eran hombres, por supuesto, los que ganaban el pan con el sudor, como sugiere el mismo Robledo Ortiz cuando celebra que los taitas se hayan ido “sin ver cómo afemina la molicie”. Fueron niños y niñas aquellos que debieron romper su cascarón de ensueños antes de tiempo para ir a laburar.

La consigna de que nadie anduviera de balde ni siquiera se le reservaba a los artistas. Si Epifanio Mejía o Benjamín de la Calle bebían, tertuliaban y algo más, era porque ya habían hecho su jornal, componiendo una canción o retratando a algún bandido. Podrán tildar de bohemio a Tobón Mejía o a Francisco Antonio Cano, que frecuentaban las casas de citas de Lovaina, pero hasta las élites ilustradas tenían que coger destino, unos más torcidos que otros, claro. Cómo sería de obligatoria la manía industriosa, que hubo gentes como Luis Tejada, proletario y todo, que abogó por arriar las banderas de la pereza. Tanta pujanza cansa, y tanto afán industrioso debieron hacer mella en el campesino que, ahora en la urbe, extrañaría su huerta lontana, viviendo a su ritmo, o escuchando la consigna de su evangelio: “Fíjense en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros; sin embargo, el Padre Celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida?”.

Algún día, las buenas gentes del campo debían regresar a la casa, como José Arcadio Buendía, a narrar sus fañañas, a demostrar que los golpes de la vida los habían madurado casi biches, y, para no asustar a los viejos, dirían que en esta ciudad hasta los ladrones eran gente honrada.

Mientras tanto, el paisaje se transformaba; Medellín, pueblo chiquito se volvía un tatabrón engreído, que botaba humo por las fauces y amenazaba con devorar a todas las almas tominejas si no se avisaban a tiempo. Alarmado, Tomás Carrasquilla, un montañero de Santo Domingo, le restaba quilates al progreso y antes inventariaba sus pérdidas:

“Pero, ¡oh río manso y hospitalario!
Lo que es gente ¡no volverás a remojar
junto a tu villa! La edificación urbana
ha invadido tus dominios, y los trenes
ferroviarios te pasan por la cara. La policía
de la civilización no admite en tu regazo
ni paños a la griega ni olímpicas desnudeces.
Sus trajes de paraíso se los reserva
para centros más cultos.

Frente a tu señora no podrás hacer
tus contorsiones ni correr por donde
quieras. Tus bancos de arena, tus
serpenteos, los dejas para afuera. Aquí
te pusieron en cintura, te metieron en
línea recta; te encajonaron, te pusieron
arbolados en ringlera. Has perdido tus
movimientos, como el montañero que
se mete en horma, con zapatos, cuello
tieso y corbatín trincante. Mas nunca
faltarán en tus riberas ni poesía ni
hermosura: que por mucho que te dañen
la simetría y el confort urbanizadores,
nunca podrán avasallar del todo el
desgairre armonioso de tu gentil naturaleza.
Siempre se oírás a Pan en tus orillas;
siempre tributarárs tus oros a los pulpos
y monstruos submarinos”.

De modo similar rabió Maupassant ante la Torre Eiffel, un adfesio perturbador en el horizonte parisino, uno que

vino a alterar con su airosa pretensión el aire galante y romántico de la Ciudad Luz que, a propósito, se llamó así porque fue de las primeras en poner bombillas eléctricas en sus calles.

Oponerse a que la villa dejara sus tranvías de mulas fue la causa de un puñado de ilusos que querían conservar la quebrada Santa Elena destapada y preservar el aire pueblerino. A esa clase de gentes las llamó don Ricardo Olano “hombres estorbo”, acaso por persistir en su montañerada. Al fin el ruido modernista se impuso, mientras los nostálgicos, empecinados en seguir viviendo en la arcadia perfumada de nísperos, tal vez refunfuñaron por lo bajo: “Arrieros semos y en el camino nos encontraremos”, de modo que algún día se extrañaría el tedio de las tiendas campesinas, aquellas misceláneas que el Tuerto López recordó en su poema sobre las muchachas solteras de provincia.

Muchachas de provincia,
las de aguja y dedal,
que no hacen nada,
sino tomar de noche
café con leche y dulce de papaya...

Muchachas de provincia,
que salen –si es que salen de la casa–
muy temprano a la iglesia,
con un andar doméstico de gansas.

En *Medellín a solas contigo*, Gonzalo Arango ya reniega de un valle que no tiene nada de tacita de plata sino que semeja a una pequeña Detroit, arrogante y cicatera, donde los pájaros ya no trinan sino que tosen. Con la autoridad moral de un poeta ocioso y metafísico, Arango la embiste contra el abuso del agiotismo, el afán de lucro o el empeño en multiplicar las chimeas con humos nada espirituosos. Contra las costumbres aborrotivas, el poeta ya parece un nuevo Rousseau que ve en el antioqueño una especie de buen salvaje pervertido por la usura del capital, una añoranza de la sencillez campesina que defendió y refinó junto con su novia inglesa, Angelita, quien ahora vende chicha a orillas de la laguna de Guatavita.

Esa especie de retorno rebelde a la montaña condujo no pocas veces a los poetas a emigrar a mejores pastos, como lo hizo Thoreau, en el bosque de Walden, o Jack Kerouak en la cabaña de Bixby Canyon. Aun así, eran estancias pasajeras que los traían de regreso dado que ya no podían ser gentes de campo sino ciudadanos y agitadores de plaza pública. Solo el filósofo de Otraparte, Fernando González, se las arregló para hacer un Walden a la antioqueña donde conversaba con su vaca paturra, comía chirimoyas y a la vez jugaba a ser un montañero de ciudad, uno que iba a Envigado cuando le venía en gana, a tertuliar con algún cura progresista, y regresaba a su estancia a seguir escribiendo.

Aquestos que mencionamos podrían ser montañeros finos, valga el oxímoron, gente letrada, docta en latines y con alguna holganza intelectual. Aquí los dejamos para hablar de la última estirpe ciudadina de montañero, el que aún transita por las plazas de esta villa como un alma en pena, añorando la tierrita y abrevando un anisado mientras escucha una guasca, que acá no es la hierba bogotana que condimenta el ajíaco sino la música montañera, tonada que pone a vibrar la fibra campesina en su nota más alta y redime por un rato del hartazgo de vivir arracimados como murrapos en gaveta.

El montañero de ciudad, el rústico y auténtico desdice de fincar su interés solo en los menurjes bursátiles o en aumentar el volumen de su panza. En el fondo solo es un ser taciturno que busca el horizonte y la visión de una loma que lo consuele, la mención de un remedio, música, pomada o licor para curar la morriña de no vivir ya en cañada

sino en suburbio. No requiere llevar zurriago y mulera, ni desfilar en Feria de Flores, pues la montañerada va por dentro como procesión. En pos de eso acude al Parque Berrío, donde el paisa de hace tiempos decía haber nacido.

Como se sabe, después de que el metro allanó al parque, lo que quedó es apenas un remedo de la plaza de pueblo. No tiene fuente más que la labia de los pregoneros que aún concurren. Y, de repente, los punteos de viejas coplas lo conducen de la ciudad al campo. Algo copetón, salta a zapatear, oye que lo llaman por su nombre, escucha un chiste verde, oye un chismorro, huele fritanque y café de termo caliente. Otros habituales van llegando, damas y caballeros, entrados en años, con sus atuendos pintorescos y sus aromas a musgo y líquen fresco. Ya no hay plaza física, pero sí una atmósfera que la evoca, una ilusión de pertenencia a una familia arraigada, que tiene rostros, hablas y el recuento de idílicas montañas.

Y si ya no se puede volver, ni siquiera a esos simulacros de pueblo como Tutucán o Pueblito Paisa, escenarios para turistas adonde pocos montañeros van, no queda más que conciliar. Ni el campo es tan verde ni la urbe es tan gris.

Carrasquilla ya lo diría: “¡Ah, la montaña! Ya sé que esto atosiga y apeseta a muchos montañeros. Será como todo; cuestión de gustos, de educación, de temperamento. Será que algunos entienden que lo bello como lo humano, lo universal, lo explotable para el arte, lo mismo existe en la urbe que en la aldea, lo mismo en la vida refinada de la civilización que en la rudimentaria de las gentes primitivas; que lo étnico, característico y diferencial de una raza o de una nación no está en las clases cultas, influenciadas por corrientes extrañas, sino en la balumba popular o aborigen”.

*Este texto hará parte del libro *Campesinos de ciudad*, que se publicará a finales del 2023.



VER ARDER

por IGNACIO PIEDRAHÍTA ARROYAVE • Ilustración de Hansel Obando

El tiempo seco es ideal para provocar el fuego. Pastos, arbustos y ramas caídas cogen candela con facilidad. Basta la insinuación de una chispa para que se prenda una hoguera, que rápidamente se puede convertir en un incendio. Así ha ocurrido desde hace un poco más de cuatrocientos millones de años, cuando la tierra se pobló de plantas y estas inyectaron oxígeno en la atmósfera. Se crearon las condiciones y el material para quemar, y desde entonces siempre hay algo ardiendo sobre la Tierra.

Antes de que el ser humano comenzara a merodear en el planeta, los incendios corrían por cuenta de otros delegados. Los rayos en tormentas secas eran los principales responsables de quemar los bosques. En menor medida también podían hacerlo los manaderos naturales de petróleo, o los fuegos producidos por la descomposición de los cuerpos de seres vivos, así como la lava y otros productos volcánicos. De allí tomaron el fuego nuestros ancestros y luego aprendieron a encenderlo. Al parecer, lo estamos usando hace un millón de años, y hace unos cuatrocientos mil se volvió algo cotidiano.

Es posible que desde entonces haya aparecido la modalidad del incendio provocado por las personas. En muchos casos no hay una verdadera intención de quemar toda la zona. Alguien hace una fogata para cocinar o calentarse, y esta resulta carbonizando un bosque entero. En nuestros días esto es mucho más común. Por una parte somos más brutos a la hora de jugar con candela y, por otra, la chispa de un motor o cualquier vidrio grueso pueden encender la paja.

Aun personas acostumbradas a hacer fogatas en campo abierto se despiden. Algo así le sucedió al escritor

Henry David Thoreau, que conocía el bosque y sus secretos. Estaba de excursión con un amigo por el río Concord, a cuyas orillas acampaban. Un día se les ocurrió cocinar un pescado sobre un tocón viejo de pino, y este se prendió junto con la hierba seca que lo rodeaba: “Brincamos para apagarlo, primero con pies y manos, luego con un tablón que encontramos en el bote, pero en un par de minutos ya estaba fuera de control; [...] salvaje e imparable, saltaba y chisporroteaba hacia el bosque”. Quemaron 120 hectáreas de arboledas.

No todos los incendios de origen humano son fruto del descuido. Algunos son provocados de manera controlada cada año, como prácticas agrícolas. Esto mismo lo ha hecho la naturaleza durante eras geológicas. Ciertos ecosistemas están en armonía con los incendios naturales estacionales. Muchas comunidades en el mundo practican la quema controlada para devolver nutrientes al suelo y limitar la cantidad de madera seca que, en caso de un incendio, devastaría la región.

La naturaleza también controla la candela con el tiempo frío y húmedo. Porque, una vez el fuego se enciende, su instinto depredador es incontenible. Un incendio no se agota ni se debilita por cuenta propia. Es un demonio voraz que consume hojas y ramas secas, pastos y madera caída. Y este alimento abunda allí donde no ha llovido y hace calor. Si tiene delante un bosque entero, se lo traga sin miramientos. No se cansa ni se compadece mientras haya troncos que quemar.

El problema actual surge porque, gracias al cambio climático, los inviernos son cada vez menos húmedos y más cortos. Esto no solo es aprovechado por los rayos en el hemisferio norte sino por la gente, en aras de la necesidad o la codicia. En la Amazonía, por ejemplo, los colonos que expanden la frontera agrícola cada año consumiendo miles de hectáreas de selva tienen la sequía de su lado. El fuego, ese fantasma “cuyo destino es cambiar”, como decía Heráclito, se relame ante este nuevo estado del clima mundial. El fuego se despierta anualmente de su sueño invernal con todo a su favor. Los veranos cada vez más largos son temporadas en el infierno en las partes del mundo propensas a la sequía.

En el centro de Colombia, agosto es un mes seco y de vientos, terreno abonado para las llamas. Al mismo tiempo está sucediendo la estación de verano en el hemisferio norte. Por eso escuchamos de incendios aquí y allá. Y este año ha sido aún más grave, pues con el

fenómeno del Niño ha llovido muy poco durante el segundo semestre del año. Los incendios locales se han multiplicado. El más grande de la temporada ha sido el del Seminario Mayor, en la ladera oriental de la ciudad. Entre el 6 y el 8 de agosto se quemaron allí unas sesenta hectáreas, al parecer por personas que las querían ver en brasas.

Pero si por acá arde, en el mundo se habla de millones de hectáreas de bosque en cenizas, miles de evacuados, ciudades arrasadas y personas que han perdido la vida asfixiadas o quemadas. En la isla de Maui, en Hawái, la ciudad de Lahaina quedó prácticamente destruida. Fuego más viento fue la combinación fatal para que las llamas avanzaran sin control. Mientras azotaba la isla, un huracán tumbó un tendido eléctrico y este prendió fuego al pasto seco y luego a la ciudad. Los mismos vientos se encargaron de propagar la candela a la manera de lanzallamas.

Sin importar las causas, el mundo está ahora más dispuesto a quemarse. La subida de temperaturas ha desatado una especie de pandemia de fuego. Las olas de calor y la ausencia de lluvias acumulan vegetación seca. Las temporadas más calientes traen más incendios forestales, no solo por la cantidad de material disponible para quemarse, sino porque crece incluso la frecuencia de rayos. Adicionalmente, a más incendios, más seco y propenso se vuelve el ambiente a otros incendios, que a su vez llenan la atmósfera de dióxido de carbono y aportan al aumento de la temperatura global.

El cambio climático suele atacar primero a los más vulnerables, sean seres humanos, animales o plantas. En Grecia ardieron cuarenta mil hectáreas en tres días de agosto, y las víctimas fueron migrantes que acampaban en el bosque, escondidos e indefensos. El verano de 2019 y 2020 en Australia fue especialmente triste por la muerte de muchas personas y cientos de miles de animales, entre ellos sesenta mil koalas. La extensión de tierra calcinada este año en Canadá es de casi quince millones de hectáreas, un área equivalente a la de Uruguay.

Pero no todo son malas noticias. Hay mapas que monitorean y cuantifican los incendios en el mundo. Y saber que la situación no es un invento de algunos es ya un punto de partida honesto. Las personas tienen en sus manos información para pensar en su propio comportamiento y exigirles a sus políticos que tomen decisiones sobre el asunto. Ahora sabemos que, de diez incendios forestales, ocho son provocados por las personas. Esto quiere decir que se pueden prevenir. Insistir en la comprensión de la naturaleza y comprometerse con ella es algo que la humanidad todavía tiene en sus manos.

Si bien no estamos en una situación fácil, hemos estado en peores condiciones con respecto al fuego. Hasta hace cien años se quemaban grandes ciudades por causas naturales. El terremoto de San Francisco de 1906 hizo que se reventaran los ductos de gas y la ciudad ardiera durante días hasta destruirla casi por completo. Murieron oficialmente quinientas personas —aunque parece que fueron miles— y cuatrocientas mil quedaron sin casa. Gracias a eso se tienen planes de evacuación y técnicas eficientes para

apagar incendios. En Lahaina, en Hawái, no funcionaron, sin embargo, pero existían.

Otra cosa que podría considerarse positiva es que la sequía y los incendios forestales están llegando a las grandes ciudades con nuevas propuestas para sus habitantes. En Vancouver, Canadá, las personas aceptaron con gusto la restricción de no regar sus jardines este año ante la falta de agua. El prado verde era símbolo de estatus personal y orgullo de los parques públicos, y ahora es de un precioso color café, propio del verano. El turismo no ha caído ni la economía de la ciudad se ha afectado, pero los paradigmas han cambiado.

Los incendios en Canadá han sido tan grandes que no solo han ahumado el cielo de ciudades locales. Estos mismos fuegos cubrieron de ceniza a Nueva York durante días. Sin hacerles un daño mayor, los incendios tocaron a las puertas de los más pudientes. Allí está el poder económico que podría desviar un poco de dinero hacia los flacos bolsillos del medio ambiente. Se estima que si aumentamos las inversiones anuales en tecnologías limpias e infraestructura en un dos por ciento del PIB global, podemos prevenir una crisis climática.

El mundo se gastó el catorce por ciento del PIB en aplacar la pandemia, y estamos hablando de invertir un dos por ciento anual para sanar el futuro de la humanidad. Los fondos de pensiones tienen en sus manos 56 trillones de dólares, y lo que necesitamos para que la Tierra no se retire todavía es una mesada anual de 1,7 trillones. Cada dos años, 2,5 por ciento del PIB global se pierde en comida que hay que botar. Y cada tres años los gobiernos se gastan tres trillones en subsidios directos a la producción de combustibles fósiles como el petróleo. Plata hay, solo hay que invertirla en las generaciones que vienen.

Los medios de comunicación pueden dar una mano. Al informar bien y llevar un conteo de daños, ponen la discusión en primer plano. La gente reclama y los políticos se ven obligados a incluir temas de cambio climático en sus programas. Debemos entender que el planeta Tierra no está allí para exprimirlo en favor de nuestras aspiraciones personales. Sino que es un hogar vulnerable y hermoso al que podemos servir y celebrar.

A nivel individual también es posible hacer cosas. El decrecimiento económico quizá no sea muy popular para un país, pero de alguna manera puede resultar atractivo a las personas. Soñamos con viajar y comprar lo que

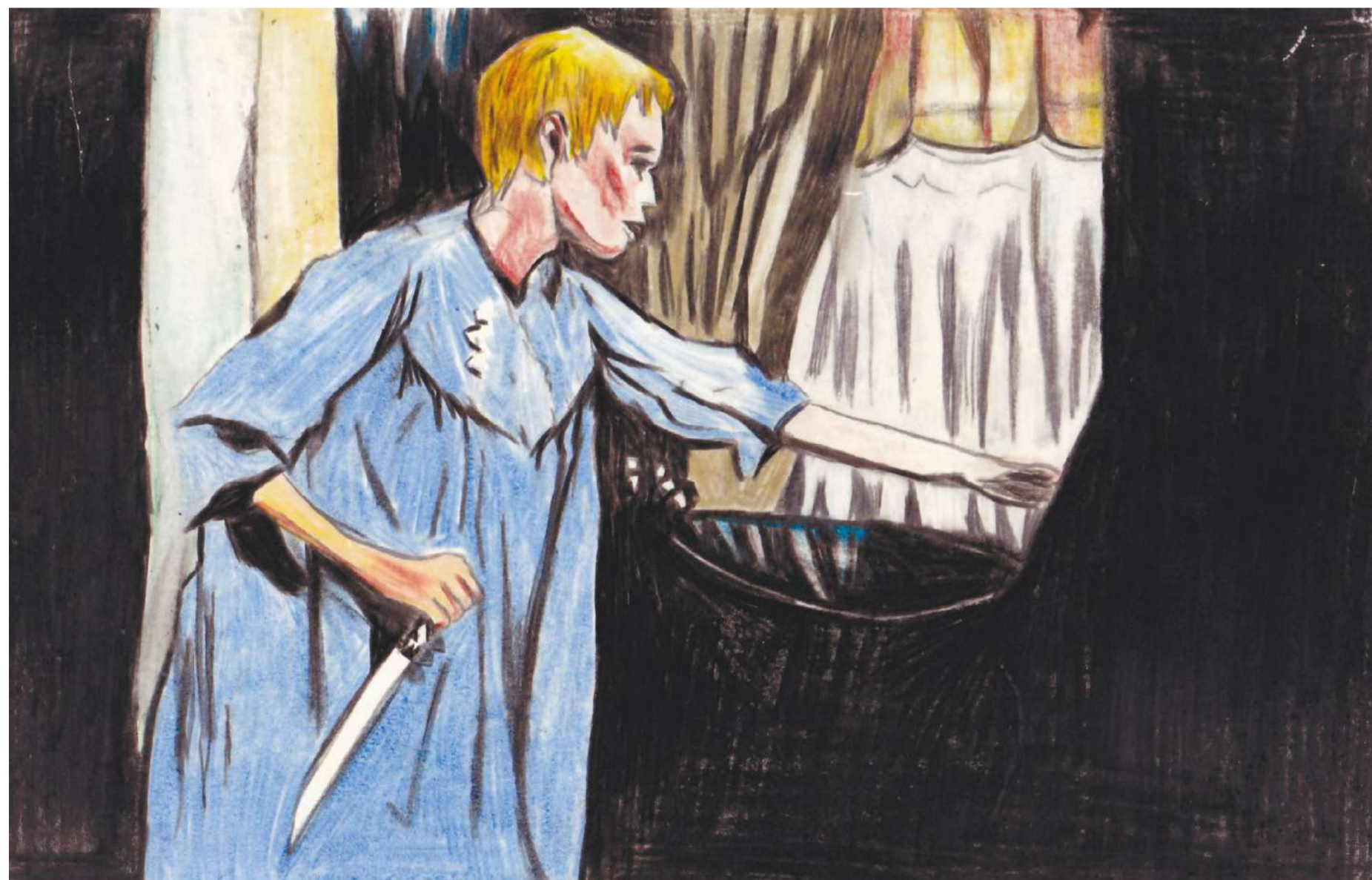
podamos pagar sin importar de dónde venga, pero hay cierta elegancia en contentarse con poco y ponerles un límite a nuestros deseos de consumo. Todo esto crea una conciencia entre países, empresas y personas que se alimenta en favor de la vida.

Esto no quiere decir que la naturaleza vaya a dejar de ser salvaje. Los incendios naturales seguirán existiendo, con esa belleza destructiva de toda manifestación telúrica. Antes de unirse a otros a apagar el incendio, Thoreau subió a un cerro y observó el fuego desatado: “Era un espectáculo glorioso [...]. Las llamas iluminaban los pinos hasta las copas, como si tuvieran pólvora”. La naturaleza nunca es trivial y aun consumiéndose es esplendorosa. Acaso en algún momento podamos contemplar la belleza de un incendio, pero no es necesario que sea provocado por nosotros ni por nuestra forma de vida como sociedad. Ser salvaje no es la tarea actual del ser humano. Que el fuego que uno encienda sea interior, una idea, una metáfora de la vida. ©





Viernes 13



El bebé de Rosemary



Picos Gemelos



Sin título

Barbie tour

EN BUSCA DE BARBIE POR LOS BAJOS DEL METRO

Fotografías de Juan Fernando Ospina

Lo que quiero decir por MARIO CÁRDENAS

Sé que nadie recuerda mi nombre y sé que nadie recuerda cómo llegué aquí, a este lugar que no es una calle y tampoco es una ciudad, que es apenas un recuerdo de otra cosa. Fíjense, pasen sus ojos por todo lo que hay a mi alrededor, todo lo que hay ahí, en esos ojos que ven y no ven porque están mirando a otros lados, esos pedazos de cabezas que vienen moviéndose a mi lado como una gran bola de recuerdos.

Cuando les digo que sé que nadie recuerda mi nombre y sé que nadie sabe cómo llegué aquí, lo digo con como una vacilación y una forma de presentarme. Algunos sí recuerdan mi nombre y algunos recordarán cómo llegué aquí. La idea fue de ese director al que se le ocurrió sacar una muñeca para regalarles un bello recuerdo a los productores, un detalle inolvidable para amigos y cercanos. Él siempre cuenta que la idea se le ocurrió cuando estaba sentado en mi casa viendo el movimiento de las aguas

del océano Pacífico reventarse contra las piedras, con la vista perdida, arropado por los árboles y la brisa, en una tarde de esas, alejado entre senderos, se le ocurrió, como ya lo había hecho con su Robocop y con su Douglas Quaid, tener algo para regalar, en mi caso una muñeca, la Barbie rubia escritora del océano Pacífico: la brillante y audaz Catherine Tramell. Sí, es que también hay escritoras blancas del Pacífico, porque son muchos los océanos pacíficos. ¿Me recuerdan ahora? Debe ser por el vestido

blanco que es lo que muchos recuerdan de la película. Ese lo perdí hace un tiempo. Lo que deberían recordar es el picahielo. Tampoco eso, sino mis libros, nadie habla de mis libros. Pero, ¿cómo voy a ser la Barbie rubia escritora del océano Pacífico si, en vez de venir con sus libros, perdón, mis libros, traía un picahielo encerrado en el blíster?

Esa soy yo, la que desde el principio supo todo aquello que no era, y de lo que era incapaz y que le llevó algunos años descubrir quién era. ©



Barbie maltrecha por ESTEFANÍA CARVAJAL

Querida Barbie: Éramos muy chicas para saberlo. Vivíamos en un mundo color rosa que los mayores nos habían pintado con apenas unas pinceladas de advertencias, casi siempre escondidas entre metáforas y cuentos. Ser felices entonces era muy fácil. Te sacábamos de la caja con la ansiedad de un perro hambriento y te admirábamos perfecta, con tus pies en *relevé* y tu sonrisa lustrosa y tus curvas y tus senos y tus piernas largas y todo eso que eras vos, la mujer perfecta, a kilómetros de años luz de nuestras infancias muecas y langarutas.

La que más se parecía a vos era María "la Grande". Tenía el cabello hasta la cintura, como el tuyo, y los ojos verdes y grandes como un par de brevas, y unos labios carnosos y pegachentos por el brillo que cargaba en el bolsillo del descaderado, y era delgada, de brazos finitos como los tuyos, y la única entre todas las niñas de la cuadra a la que se le asomaban un par de montañitas que crecían afanadas debajo de su ombligo.

María "la Grande" fue la primera en usar principiantes, la primera que tuvo que entrar corriendo a su casa por una mancha oscura en el bluyín y la primera que dejó de jugar contigo, aunque, como era hija única, tenía la colección de Barbies más completa de la cuadra.

La primera vez que no quiso salir a jugar dijo que tenía mucha tarea, pero que de pronto otro día. Así que otro día la llamamos, pero alegó que estaba enferma y hasta fingió una tos que a leguas supimos falsa. La tercera vez aceptó salir porque estábamos con el primo de María "la Chiquita", que siempre le había gustado, y entre los dos conspiraron para acabar el juego de muñecas tan pronto como empezó. La última vez que la vimos nos abrió la puerta de malagana, con los audífonos del *discman* colgados del cuello. Se había pintado las uñas negras y delineado los ojos. "Ustedes no saben, pero el mundo es una mierda", nos dijo, y cerró de un portazo.

A los días encontramos su colección de Barbies en la basura, con el carro, la casa y los muebles, ollas, televisores y mesitas en miniatura que nos servían para crear mansiones que ocupaban el patio entero. Me sentí traicionada. Si ya no quería sus juguetes, ¿por qué no nos los regaló a las niñas de la cuadra como herencia del pasado imaginado? ¿Así de grave había sido el golpe con el mundo de los grandes?

Hicimos una lista de los objetos, les asignamos un valor según su rareza o tamaño y los repartimos por partes iguales. Todo lo rosado se fue y solo quedaste tú, la Barbie maltrecha. Se llevaron tu ropa, tus accesorios y te dejaron desnuda, indefensa entre los chécheres. Éramos muy chicas para entender la amargura de esa imagen. ©





Barbie cósmica

por
DAVID EUFRASIO
GUZMÁN

¿Qué tan noble hay que ser, solitaria amazona sin falda ni bestia, para ofrecer tu mano con ese entusiasmo y a la vez con ese dolor que supone la descoyuntura de tu pierna de azúcar glaseada? O tal vez es la lona de sospechosa transparencia que el viento vuelca sobre ti, carascua, lo que quieres apartar con tu mano firme y decidida mientras el sol fija aún más tus tiñas. Lejos estás de otras amables criaturas de vientre duro y risa fácil que te hagan más llevadera la experiencia, pero parece disfrutar la espera, la espera del amor, que no es más que el camino hacia una nueva vida. Estás sola en esto hasta que alguien venga a rescatarte de este planeta inhóspito, rastrero y luminoso que ni te rechaza ni te pertenece. Sé que quieres, y mereces, volver a los dramas que te hacen brillar y a las manos y a las repisas en las que brillas.

Tus danzas y tus andanzas te han dejado cicatrices, sonriente bailarina del espacio, los tobillos blandos, unas primeras mordeduras en el brazo cuando aún vivías en casa, tal vez, raspones posteriores en el codo, elongación brusca del cuello, uno que otro candelazo. ¿En qué momento tu vida empezó a ser tan difícil? Todo se vino abajo después de que te separaran de tu Pegaso, ese azabache en el que sobrevolabas constelaciones y campos siderales; lo extrañaste en la mudanza, fuiste a la caja equivocada y poco a poco perdiste el tutú de malla azul celeste, tu diadema fina y dorada, y por supuesto, esa fantástica tiara, que cuando no estaba sobre tu cabeza era el anillo de tu niña diosa. Y de tajo vino la calle, ese universo donde tu cabello largo y sedoso algún día decorado en un clásico bollo de ballet se convirtió en chamizo seco y curtido como la crin de tu brocha. Pero has nacido para perdurar, cenicienta del pavimento, aún te brillan los ojos, y la boca rosa roja, y tu elegante corpiño, aunque es tu único vestido, también es potente armadura. Porque desde hace mucho conoces lo que es la guerra, y de ella has salido airosa. ☺



Viernes de orgía

por
ISABEL BOTERO

La primera orgía que armé fue en casa de Vero, mi vecina. Fue algo espontáneo. Estábamos solas en la casa y comenzamos a jugar. Yo había llevado mi Barbie Rockera y su pareja, el Ken Rockero. Ella tenía un pelo castaño oscuro, largo y ondulado. Vestía una minifalda en *animal print*, una blusa en colores fosforescentes y botas altas. Ken tenía unos chicles en cuerna, una chaqueta dorada sobre su torso desnudo e iba descalzo. Eran una pareja perfecta, heteronormativa y monogámica, hasta esa noche.

Los papás de Vero eran bastante liberales; así les decía mi mamá: *liberales*. Se toqueteaban y se daban besos en público, y eso en mi mundo era escaso. Como cada viernes, salieron a comer a un restaurante caro y nos dejaron solas. Comenzamos a jugar. Vero tenía muchas Barbies, casi todas originales, pero

también chiviadas y solo había uno que otro Ken. Desde hacía algún tiempo, todos los juegos terminaban en besos y esos besos comenzaron a subir de tono y lo que seguía era chocar sus cuerpos con brusquedad; primero de pie y con ropa; luego, acostados y desnudos.

Esos juegos, y las telenovelas, fueron la única educación sexual que recibí de niña. La que me dieron en el colegio consistió en engendrar en mí un profundo miedo a quedar embarazada. El anticonceptivo más eficaz fue ese, el miedo. De hecho, la primera vez que vi un condón fue en esa casa, en el cajón de las medias del papá. Vero lo sacó, lo inflamamos con agua y lo tiramos a la calle. No entendí la gracia de ese globo hasta años después.

Esa noche, entonces, luego de algún juego de preparación, terminamos en los besos. Como había muchas más Barbies que Kens, Vero no vio ningún

problema en que ellas se besaran entre sí. Esa posibilidad jamás se me había pasado por la cabeza, pero no le vi ningún problema y comencé a hacer lo mismo: Barbie con Barbie, Ken con Ken y también Barbie con Ken, y del mismo modo en sentido contrario. Primero fue solo de dos en dos; después, alguna se metió y creamos un trío, y así, se fueron sumando y terminaron todxs en una orgía, acostadx y desnudxs.

Los papás regresaron a medianoche. Estaban achispados. Nos llevaron comida del restaurante y la comimos fría. Nos fuimos a dormir. Muy pronto, empezamos a escuchar las voces que iban subiendo de volumen hasta que la pelea se desató, como cada viernes. Cuando llegaban, Vero y yo sabíamos que al día siguiente nos darían plata para que saliéramos y los dejáramos a solas, porque lo mejor de las peleas eran las reconciliaciones. ☺

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 12:15 m a 10:00 pm
Reservas: 321 241 8833

Calle 57 (Argentina) # 41-57
Medellín, Colombia

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

DOMICILIOS EN MEDELLÍN

Tel.: 3168789335

Restaurante **EL ÁRBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

CASA SAN MIGUEL
Desde 2023

Librería, café, restaurante/bar, dispensario cannábico y tienda de artes y oficios. Casa abierta y punto de encuentro de funcionarios públicos, comerciantes, turistas, artistas y paseantes en general.

Dónde: Calle 11 # 8-70, costado peatonal norte de la Alcaldía Mayor de Bogotá - Centro Histórico. Abrimos de domingo a domingo.

Medicina Alternativa

DR. LEONEL FRANCO G
Medicina Bioenergética & Sintergética

- ✓ Bioenergética
- ✓ Sintergética
- ✓ Homeopatía
- ✓ Terapia Neural

Citas 3006535389

Horarios: De Lunes a viernes, con previa cita.

Dirección: Calle 49 (Ayacucho vía del Tranvía) No. 31-67
(Cerca de la Estación Buenos Aires del Tranvía)

Un Botero perdido

por EDUARDO ESCOBAR



Cuando Gonzalo Arango decidió desmontar el invento del nadaísmo, que tanto nos sirvió para hacer la vida, se dejó condecorar con una magnolia por Hernando Santos en su oficina de *El Tiempo*. Yo me sorprendí. Pero nada dije porque me acordé de una cosa que Gonzalo me había escrito en una carta: los de *El Tiempo* son los únicos santos de mi devoción. Había sufrido una metamorfosis incomprensible para sus amigos. Gonzalo era un hombre bueno, pero sobre todo cándido.

El ritual de la magnolia celebrado en la primera página del periódico tenía una clave. El heterodoxo, el anarquista, el indefinible, el sin partido, el marginado, volvía al redil del sistema y al cristianismo. Era sincero. Pero además creía aunar el buen suceso de su libro *Providencia*. Me dijo, generoso como fue: alista el morral, que te lo voy a llenar de billetes. Estaba convencido de haber escrito la cartilla definitiva de los niños de las flores en ese libro ilustrado por su mujer con conejitos y zanahorias de cuento de hadas, concordes con la debilidad del texto, comparado con los manifiestos azufrados del nadaísta.

Los milagros del amor a veces son incomprensibles. El Profeta de la Nueva Oscuridad ahora predicaba una utopía rosa, azucarada, filosofía de repostería. Y esperaba que las ventas de su libro fueran millonarias. Ese libro le cambiaría a él la vida con un respiro económico, y el género humano sería transformado por su verbo de reconciliación. Muchos nos dijimos que no había sido más que un cordero disfrazado de lobo.

Todo formaba parte de un gran plan. Además pensaba ir a Londres para montarle la competencia a los Rolling Stones con las canciones de su novia. Pero antes pasaría por Venezuela a decir sus dos conferencias del retorno, que nunca pronunció: el retorno a Cristo y el retorno al Libertador.

Yo no sé de dónde sacó arrestos para profetizar la última epifanía de la paz. Porque ni siquiera flaqueó cuando comenzó a darse cuenta de que los derechos de autor de *Providencia* no le iban

a alcanzar para el tiquete a Londres. A lo sumo le sirvieron para invitar a sus amigos de cuando en cuando a un *brandy* después de una sopa de menudencias y legumbres y para ir de vacaciones a Villa de Leyva donde se quedaba en el monasterio de los agustinos antes de enamorarse del lugar, porque después alquiló una casita, donde se retiraba a esperar que el libro cogiera alas y le dieran el premio Nobel de la Paz.

Presupongamos, a modo de licencia poética, que allá le ocurrió la idea. Mientras el libro pegaba y comenzaba a traducirse a todas las lenguas de la tierra, incluido el swahili de esa canción de Eartha Kitt que escuchábamos en las fiestas del nadaísmo en Medellín, podía recurrir a la amistad con Fernando Botero, su amigo del preuniversitario, a quien le había presentado sus primeras exposiciones en Bogotá, cuya obra había elogiado en los periódicos antes de que despertara la curiosidad de Marta Traba, cuando solo aspiraba, como le dijo, a reunir un plante para comprarse un granero en Sonsón, y contratar un dependiente honrado que se ocupara del mostrador mientras él pintaba en la trastienda. Así fue que le escribió una carta ejemplar, corta, directa al corazón.

La carta, de lo más ladina, está construida por una serie de fogonazos con el orden retórico de los tiempos de los estoicos, y comienza como un clásico discípulo de Séneca evocando el día lejano cuando Botero le hizo el favor de ilustrar su texto *Medellín a solas contigo*. Y continúa con una descripción personal del cuadro: con el fondo de la gran Villa de la Candelaria, se ve con mirada de halcón desafiando a la Andi, nuestros queridos pobres mercaderes del templo de la vida, le dice; le agradece que haya incluido junto a su retrato un ángel protector, y lamenta haberse desprendido del regalo, porque pagaba el amor con tesoros. Insinúa que ahora estaba en manos de una ex amante. Si hoy lo tuviera en mi poder, sería poderoso, le dice, halagüeño.

La carta está articulada minuciosamente. Pero no voy a reproducirla completa. Solo diré que sigue confiándole a su amigo un gran propósito, y que le propone un par de temas. Tal vez un día

podrías pintar a Cristo en su asnillo, y al Libertador crucificado en un páramo. Pero aclara cortésmente, para finalizar la propuesta, que no le impone nada que limite su parto, y más bien le recomienda la lectura de sus dos conferencias para avivar el entusiasmo. Voy a regalar por toda América un folletico con esos dos textos. Sería tan bello y útil que los ilustraras. Bello y útil. Esas dos palabras son una trampa perfecta. De índole platónica.

Ya no queda en la carta sino volver a los afectos, al mosaico de bachilleres, ambos reprobados en química pero laureados en las náuseas existencialistas, y los corrosivos sueños corruptores del Arte. Sin olvidar a Pinganillo, usado en la misiva como un recurso compasivo: ¿recuerdas a Pinganillo? ¿Se moriría, o heredaría el puesto de flores de su mamá en la plaza de mercado de Guayaquil?

La carta concluye con la esperanza de que llegue a su destinatario, a quien la fama ha vuelto tan invisible... y expresa el deseo de ver el día de darse un abrazo y tomarse un aguardiente juntos.

Ya no sé cuánto duró la espera. El hecho es que una noche Gonzalo me invitó a su sopa de enjundias de pollo, comimos, nos tomamos un *brandy*, y Angelita trajo del cuarto de la máquina de escribir, y desenrolló, la acuarela de un pliego. Así es la vida. No era el cuadro que Gonzalo necesitaba para ilustrar su folleto, con Bolívar crucificado y Jesús en un pollino rechoncho. Pero al fin y al cabo algo había llegado, y sin embargo ellos no se veían felices. Ahora, ¿qué iban a hacer con el bendito cuadro? Era peligroso mantenerlo en el apartamento. Los podían matar. Los podían secuestrar, quién sabe.

Gonzalo tenía buenas relaciones en la gerentocracia de la gran industria, la política y el aparato financiero. Pero no es fácil vender un Botero. Y después de ofrecerlo en vano entre sus conocidos del curubio, al fin depositó la obra en la galería de Carlos Pinzón para evitar que los ahorcaran los ladrones de arte en su covacha del Bosque Izquierdo. Allí la vio una señora de quien solo diré que llevaba el nombre de un accidente topográfico. Gonzalo exultaba.

Botero había hecho el milagro. No tendría que ir nadando a Londres o pilotando un canasto de Villa de Leyva, y le sobraría plata para comprar una granja junto a su suegra, que él llamaba la Lady, corista del templo anglicano del suburbio londinense. No sobra recordar que el nuevo cristianismo de Gonzalo no era el mismo que le había inculcado doña Nena: ahora ostentaba un toque calvinista su fe reconquistada y coreada a los cuatro vientos. Por eso disfrutó tanto con la ópera *hippie* de *Jesucristo superestrella* del inolvidable Andrew Lloyd Webber. Ese Cristo se parece a ti, me escribió. Es hora de convertirnos. Pero yo siempre advertí en la ópera yanqui contradicciones irreconciliables con mi modo de entender el cristianismo, formado como fui bajo la más pura ortodoxia tridentina.

Tengo ochenta años y mi memoria se niega a precisar si a Gonzalo le tocó sufrir la decepción de enterarse de la mala noticia o si se murió primero. La millonaria señora se arrepintió, inexplicablemente, de comprar el general de Botero, un general gordito como todos los suyos, rozagante, de kepis verde oliva. El hecho cierto es que el cuadro de Botero siguió colgado en la galería de la calle 26. Esperando un cliente, silenciosamente, impertérrito, en la pared del fondo, bajo el pasamanos que conducía a la oficina de Sonia Cárdenas, la administradora de la galería.

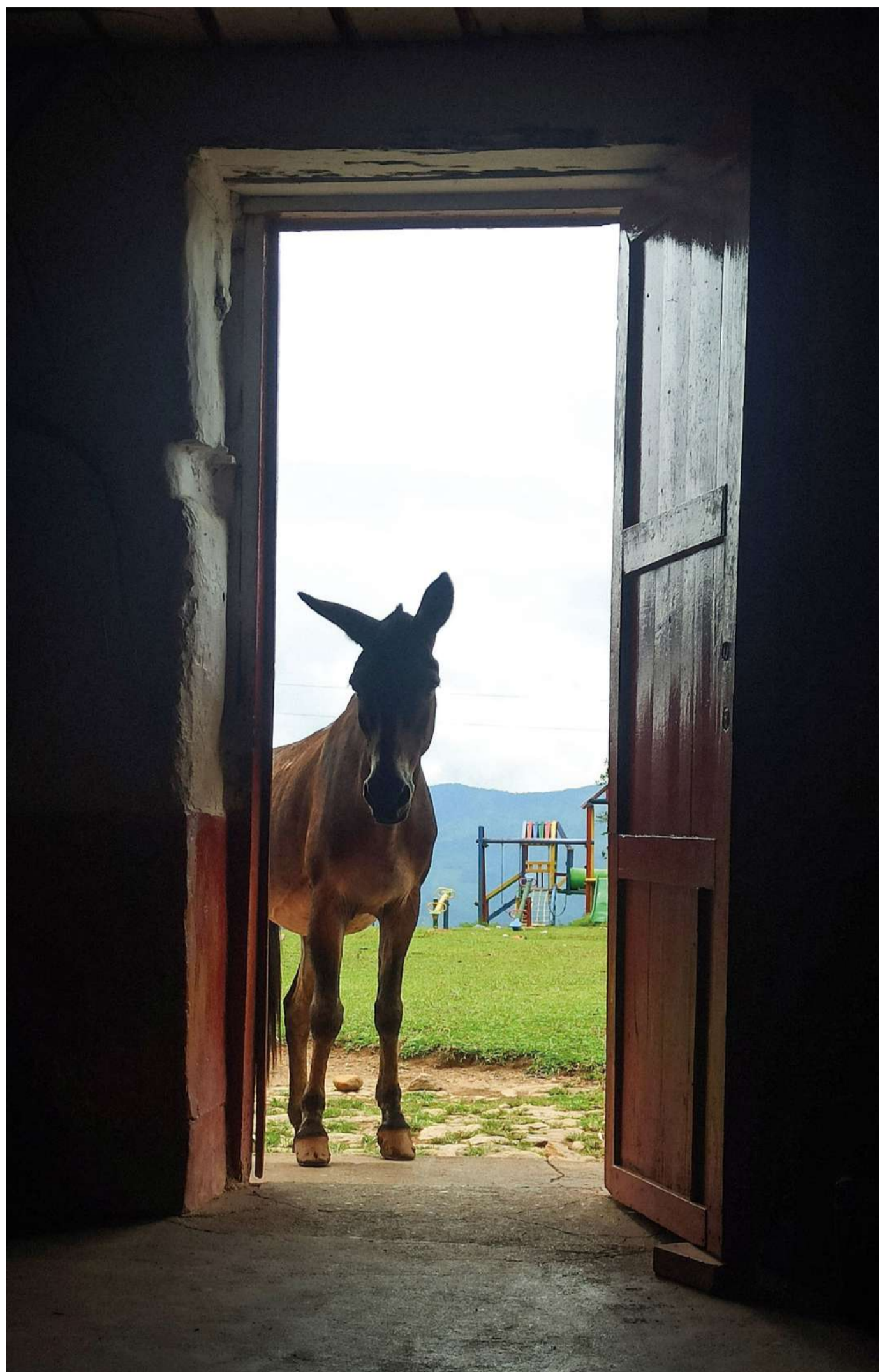
Todo se sabe. Mucho después me enteré de que alguien había saboteado desde la sombra el negocio del cuadro que iba a financiar la fuga de Gonzalo al viejo mundo. El personaje llegó a ser muy famoso y muy rico. Había llegado a Bogotá en la juventud a trabajar en el periódico *El Tiempo* como reportero y luego había fundado un restaurante de éxito y después se había convertido en un notorio caballero de industria. Era socio de empresas de transporte aéreo y pasó a la historia deportiva del país fanfarroneando en los estadios con maletines llenos de dólares para comprar árbitros a granel. Una vez le pregunté qué lo había llevado a tirarse en el negocio de Gonzalo Arango. Y respondió: en Colombia no se mueve un solo Botero sin mi autorización. La última vez que lo vi fue en un avión en

Cartagena rumbo a Bogotá en compañía de Alejandro Obregón. Y me di el gusto de saludar a Obregón ignorándolo a él, ostensiblemente.

Muerto Gonzalo, Ángela vivió un largo tiempo en mi casa y después desapareció. Ida con un par de novios a cantar en Ecuador las canciones de Violeta Parra y las que le escribió su amante muerto tan bellas en el fondo en su candidez. El cuadro volví a verlo en los bajos del hotel Tequendama, en el banco de Félix Correa, un ferretero antioqueño tuerto pero con una gran visión para los negocios torcidos, que por artes de birlibirlique resultó comprando empresas antioqueñas y ejercitándose en la simonía, hasta que durante el gobierno de Belisario Betancur la justicia le echó el guante. Se habló de regalarle una pijama naranja y una temporada de descanso en los Estados Unidos. Pero como a veces pasa entre nosotros al fin salió libre, después de ocho años de modelar en una celda con televisor y cocinero. Mientras nave de sus socios se exilaban y diez eran misteriosamente muertos. Así se mezclan en Colombia a veces los nobles asuntos del arte con la picardía. Las bellas artes con las malas mañas.

¿Qué sería del general de Botero? ¿Qué del marchante caldense con nombre de poeta inglés? De Gonzalo, ya se sabe. Su novia vende amasijos en Guatavita. Botero, mientras escribo, soporata la incomodidad de verse de gira con su momia, por una macabra decisión de sus hijos. Me imagino el cuadro que pintaría si pudiera, con una corona de oro en forma de repollo. Y el título: El rey de los pintores en cámara ardiente.

Una última cosa: al pie del dibujo para ilustrar *Medellín a solas contigo* aún se puede leer, borrosamente, esta frase: nada por encima de nosotros: ni siquiera el cielo. ☺



Una clase con LAS MULAS

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA • Fotografías por el autor

Un camino de mulas y de perros, de perros que olisquean las serpientes y les muestran los atajos a los caminantes, y que azuzan las bestias cuando los arrieros no pueden gobernarlas, porque así son las mulas, caprichosas, incluso arrogantes con los jinetes primerizos que no saben apoyarse en los estribos o sostener las riendas. Las mulas los reprenden. Se paran a medio camino y mean, o se detienen para rebuznar, o simplemente ponen a vibrar el hocico, como soltando un suspiro, y agachan la cabeza para morder la hierba, groseramente, mientras el jinete les azota las ancas infructuosamente, y entonces tiene que venir el arriero: "Mula, puch, puch, puch. Eh, macho, puch, puch, puch".

El animal retoma su andar por la cuesta, a su ritmo, porque quien lo monta es un extraño que no se ha ganado el respeto, y por eso vuelve a parar, porque sí, y hasta se estira bajo un guayabo para alcanzar una fruta, quién pudiera crear semejante desfachatez. Y vuelve el arriero: "Eh, mula, jueputa mula esta", y taque con el zurriago, o con alguna rama delgadita y fina, y el animal resopla, se pee y caga mientras avanza Perezosamente sobre piedras y pantano.

Por eso son tan necesarios los perros, porque cuando las bestias se resabian ellos les ladran en la cola o les morderisquean las patas para que avancen. Claro que eso no es garantía para el jinete novato, pues muchas veces las mulas, de puro gusto, se paran en las patas delanteras y tumban todo lo que les estorba en el lomo, o de pura pica se echan a rodar por un barranco y se vuelven a levantar echando patadas al aire.

Cuenta Tulio Mejía que hace como veinte años se mató un ingeniero que había ido a explorar esas tierras para el proyecto Hidroituango. La mula no lo aceptó, se le ranchó en un potrero y lo expulsó de su lomo dando brincos. El hombre dio contra unas piedras y ahí quedó, de una vez con la tiesura de la muerte.

Yo no me había subido a una mula hasta ese 15 de mayo de 2023. Iba rumbo a El Aro, dízque a enseñarles a escribir cuentos a las niñas y a los niños de la Ecoescuela. Tenía algo de idea de la terquedad de esos animales y, al ver ese camino tan agreste, tan de para arriba, sentí miedo. En el primer abismo casi me tiro del animal. Fueron ocho kilómetros y medio apretando y soportando el intenso calor en ese trayecto angosto y pedregoso, repleto de maleza y cargado de culebras venenosas. Ocho kilómetros hasta ese último portón de madera que es la entrada al caserío.

Y toca subir al mediodía porque el bus gratuito que sale de Ituango arranca a las 9:00 a. m. y llega a la quebrada El Arito a las 11:00. A esa hora ya están las mulas amarradas al puente, esperando y mascando rienda, y como los campesinos dicen que una bestia ensillada no se puede dejar amarrada mucho tiempo, porque se estresa, entonces toca coger de una vez el camino.

"Vea, profe, esas son las partidas, ese volcán que usted ve ahí", dice Tulio señalando un derrumbe de piedras picudas al borde de la carretera.

Ese día subí con dos médicos del hospital de Ituango, iban a darles vuelta a los habitantes del corregimiento. Nos demoramos dos horas para llegar a El Aro. Nos bajamos con tembleque en las piernas y juagados en sudor.

En el siglo pasado, cuando el Cauca era el "rey mono" de esos cañones imposibles de la cordillera central, en los tiempos de Luis Mejía, Modesto Múniera y los hermanos Barrera, arrieros legendarios, ir de El Aro hasta Ituango tardaba tres días en mula y era necesario dormir donde doña Hortensia, allá en el filo de Santa Rita, antes de emprender la travesía por Pascuitá o por La Granja, y

todo por vender unos cuantos bultos de café o panela, porque en esos ayerres, tan lejanos, la hoja de coca era cosa exclusiva de los indios, que vivían por allá por Los Venados y por Filadelfia, compartiendo la carne de gurre con el jaguar.

Esos caminos fueron abiertos a filo de machete por los arrieros, con sus mulas y sus perros, y con sus oraciones pervertidas sacadas de libros de brujería.

"A veces es bueno rezar las mulas, para que no se enfermen, porque los caminos son muy largos", explica Marcelino Barrera, un arriero ya entrado en años, más de cincuenta, y que sólo se dedica a buscar leña para la casa de doña Rosalba, su esposa desde hace veinticinco años.

Ahora es más fácil llegar a El Aro por cuenta de esa carretera que abrió Hidroituango y que une a Ituango con Puerto Valdivia. De ñapa pusieron un bus que recorre todos los días ese trayecto, transportando gratis a los campesinos hasta las partidas de Pascuitá, Palestina, San Luis y Filadelfia. De ahí para adelante es puro monte y culebras, y ese calor insoportable que una vez hizo desmayar a Milvia Monsalve, la dueña de la otra tienda grande de El Aro, después de la de Rosalba.

Milvia, cuando joven, vivía más entrada pal monte, casi en la selva. De eso hace como veinte años, y recuerda la señora que todo el día se la pasaba raspando coca con su marido Alirio.

"Eso lo pagaban muy bien. Todos vivíamos de eso. Nos pagaba la guerrilla y por eso nos decían guerrilleros, pero nosotros nunca hemos sido guerrilleros sino campesinos, trabajadores", cuenta ella, morena, pesada y recia en el trato con los demás.

Es muy importante Milvia en el caserío de El Aro, donde apenas viven unas 110 personas contando a los 37 menores de edad. Solo ella vende melaza, mogolla y herraduras para las mulas. Lo demás hay que ir a conseguirlo a Ituango o a Puerto Valdivia, pagando los fletes del motocarro o el camión, y también el de las bestias.

Por eso todo se cobra en El Aro, hasta un vaso con agua, porque no es fácil subir productos al caserío. Los carros cobran el viaje por kilo de carga, más la gasolina, y luego hay que pagar el viaje en mula, cuarenta o cincuenta mil pesos, dependiendo del "marrano".

Hace poco mandaron materiales para reparar la escuela y, como es plata del gobierno, cada mula se pagó a cincuenta mil pesos. Los campesinos hicieron unos sesenta viajes.

A mí, que soy dízque profe, me cobran cuarenta, aunque me han dejado subir gratis en dos ocasiones. De bajada es mejor irse a pie, al trote por esos potreros y por ese monte. Si se está en buena forma, baja uno en 45 minutos o una hora, sudando como pollo en horno.

En los tiempos de los Barrera y Modesto Múniera no se cobraba el viaje en mula porque en realidad no había nadie que lo necesitara. Solo ellos, los habitantes de esas montañas, viajaban por esos caminos. Pero entonces llegó el progreso. Se construyeron la escuela y la iglesia, y hasta un puesto de salud pequeñito y sin muebles, lo que provocó que empezara a subir un cura cada ocho o quince días, un par de profesoras cada lunes y una brigada médica cada mes.

También empezaron a rondar los ingenieros de Hidroituango y los funcionarios del ICBF y Corantioquia, y toda esa peregrinación de forasteros hizo que los arrieros tuvieran otra forma de sustento que todavía les da ganancias, pues El Aro sigue sin carretera desde su fundación, aunque se las vienen prometiendo desde hace veintiséis años, después de que un grupo de paramilitares acbillara a diecinueve personas en la plaza del pueblo, ejecutando una de las más crueles y famosas masacres de la historia moderna en Colombia.

Parece caro pagar cuarenta o cincuenta mil pesos por un viaje de hora y media en mula, hasta el pueblo, pero como dice doña Milvia: "Vea, señor, la melaza en el Puerto vale 53 mil pesos y el bulto de mogolla ochenta mil. La sal está a veintiocho mil pesos y las herraduras a ocho mil. Y además de eso uno debe pagar el transporte hasta las partidas, y luego la mula para que suba la carga. No tener carretera representa mucho gasto para nosotros, y por eso cobramos esa tarifa".

Yo he contado una sesenta mulas en El Aro, y todas suben y bajan todos los días a la carretera, por carga o por pasajeros. Son tres o cuatro horas de trabajo diario para esos inefables animales que, al final de la tarde, se desparpajan en la plaza del caserío, que no es más que una amplia manga rodeada por unas cuantas casas, la iglesia, el quiosco y la cancha de microfútbol. También hay una figura de la Virgen María, una cruz que recuerda los muertos de la masacre de 1997 y un vetusto busto de Bolívar, mohoso, sucio y semidestruido por el paso de los años.

Ese primer día que subí a El Aro, cansado y sudoroso, me zampé tres gaseosas frías donde doña Rosalba, mientras veía llegar las mulas, resoplando por el esfuerzo, con las cabezas gachas y los ojos entrecerrados. Todas esperando el manjar de agua, melaza y mogolla al pie de los bebederos.

"Son cuatro mulas, Damaris", gritó doña Rosalba, y del fondo de la casa de cielo raso alto, paredes de tapia y puertas de madera, salió una niña de pelo crespo y sin preguntar siquiera cogió dos baldes con agua, media bolsa de melaza y tres libras de mogolla. Y mezcló todo eso en una dulce revoltura que las mulas agradecieron con fuertes relinchos.

Tras comer, los animales buscaron su propio espacio en la plaza y se dispusieron a gratiosos baños de tierra y pasto, revolcándose sobre sus lomos. Luego se fueron yendo, una por una, hacia los potreros, ya con ganas de silencio y descanso.

A veces, algunas mulas quedan con hambre y se paran frente a bebederos ajenos para ver si tienen la suerte de comer un poco más de melaza, pero los arrieros las espantan con zurriagos o con espanta perros, unos lazos atados a varas de madera que dejan feas marcas de sangre en las patas y las nalgas de los animales.

"Sheeto mula, sheeto. Jo, jo", gritan los campesinos mientras les pegan a las bestias hambrientas.

Cada mes, según mis cuentas, suben a El Aro unas quince personas, lo que representa para la economía del corregimiento un millón doscientos mil pesos de ingresos gracias al transporte en mula.

Sirven mucho esos pesos, y más ahora que la comunidad está recolectando doscientos millones para iniciar la anhelada carretera. Y es que se cansaron de esperar a que EPM y los políticos les cumplan lo prometido desde la masacre, y desde el comienzo de las obras de Hidroituango, un proyecto que, entre otras cosas, los inundó de culebras y les metió el jaguar a los potreros, pues la inundación para crear la represa cambió el clima, las rutas de los animales y los ecosistemas.

Los habitantes de El Aro se sienten orgullosos de su tradición arriera, y quieren tanto a sus mulas que hasta les ponen nombres cariñosos: la Niña, la Caprichosa, la Mona, la Suripanta. Pero también se sienten indignados, al menos la mayor parte de ellos, por la falta de una carretera que los conecte con el resto del departamento y que los rescate de ese abismo anacrónico en el que se encuentran, perdidos en el espacio-tiempo como si fueran fantasmas y no ciudadanos.

Para algunos, sin embargo, la falta de carretera tiene su encanto, porque El

Aro es como una especie de paraíso perdido donde hasta los televisores y los radios escasean, y donde la única forma de avanzar es a filo de machete, lomo de mula y ladridos de perro.

Mi más reciente cabalgata por esas montañas fue en agosto, junto a los arrieros Ángel López y Ramón Posada, ambos cercanos a los setenta años. Son vecinos de la finca El Chaquiro, en lo alto de la cumbre occidental de la montaña, muy cerca de las veredas El Tinto y Organí. Desde la cabecera de El Aro hasta allí hay dos horas de camino, a pie o en mula, pues las bestias, debido al angosto trayecto, no pueden ir a paso rápido. Además, hay que atravesar una serie de potreros donde pastan vacas, toros y terneros.

También un perro me acompañó en esa travesía, Osa, un flaco sabueso de orejas grandes y negras que llegó a la casa de Ramón Posada hace siete años, convirtiéndose en el principal escolta del viejo montaraz, quien prefiere no acercarse mucho a los centros poblados, pues encuentra más sosiego en la soledad del monte, mirando las estrellas y leyendo libros de esoterismo.

Fui con él hasta El Chaquiro por pura curiosidad. Días atrás, don Ramón y don Ángel, un cordobés llegado a El Aro desde Tierralta hace más de veinte años, me habían contado que un jaguar adulto andaba comiéndose las vacas en los potreros de la finca, y que incluso había matado una mula. Esa información activó mi radar periodístico y decidí unirme a la cabalgata hasta esa montaña llena de acacias, laureles y yarumos.

Don Ángel se adelantó el día anterior, un martes, y Ramón y yo subimos en la madrugada del miércoles. Al comienzo, otro arriero, Carlos Sucerquia, nos acompañó hasta las partidas de Organí para recoger una cosecha de frijol.

Nos despedimos de él en la quebrada de Los Besos, donde vimos el cadáver de una rabodeajá pequeña, y luego nos metimos al monte, con dos fiambres envueltos guardados en las alforjas de las mulas. A medio camino, don Ramón se detuvo para cambiar las herraduras de las bestias.

"Señor periodista, me toca cambiarles el calzado a las mulas, porque ya van casi descalzaz. Así es en estas tierras, toca herrar a medio camino, por eso uno debe llevar siempre la herramienta", me explicó el viejo, siempre con su camisa de botones abierta hasta la mitad, y con su bozo cargado de polvo.

Ramón fue líder comunal de El Aro antes de la masacre. Duró quince años en ese cargo y ayudó a construir los dos acueductos veredales. Un asunto muy grave, de brujería, lo alejó de los demás habitantes. Un día llegó una rezandera de Valdivia, con una cruz y una Biblia en las manos, y comenzó a tocar en todas las puertas, alertando a

todos los habitantes de una maldición en el corregimiento.

"Salgan y recen, salgan y recen porque este pueblo está sentenciado. Acá habita el demonio, y todo gracias a nueve brujas y brujos que hicieron pacto con él", gritaba aquella misteriosa mujer, y la gente le hizo caso.

Uno de los señalados como brujo fue precisamente Ramón, quien no pudo defenderse, aunque no se encontraron pruebas en su contra. Desde entonces, el viejo se fue a vivir lejos, en el monte, y allí se quedó. A veces baja al caserío, abre las puertas de una vieja tienda en la que todavía tiene botas, ruanas y unas cuantas cajas de cerveza, y se sienta allá, a hacer cuentas y a mirar por la puerta. La gente, que parece haberse olvidado de aquella acusación de brujería, lo saluda de lejos, pero nadie se sienta a conversar con él.

Ramón, antes de que apareciera el jaguar, tenía cincuenta vacas y tres mulas, pero el felino le ha quitado veinte reses y una vieja mula a la que había bautizado Negra linda.

"Yo no quiero matar ese animal. Tiene mucho poder con los elementales y yo con los elementales no me meto", me contó mientras subíamos la cuesta hasta la finca.

Ese día vi los huesos de varias reses y también las supuestas huellas del felino, muy cerca de la zona selvática. El regreso me tocó hacerlo a pie y en compañía de Osa, pues don Ramón se quejó de dolores en las rodillas y prefirió quedarse a dormir allí, en la casa de don Ángel. Yo también pude haber hecho lo mismo, pero la historia de brujería me espantó de esos dos hombres huraños y solitarios.

Volví a El Aro y conté mi anécdota. Donde Rosalba, Marcelino me dijo que había hecho bien en devolverme, y que tratara de no volver a ese filo con esos dos señores. Sin responder, me bebí dos cervezas y luego me fui a descansar. Mi mente divagó mucho aquella noche. Pensé en esas largas travesías en mula, en esas historias de brujería y en el magnífico jaguar que anda comiéndose las reses en esa cordillera.

Esa noche, antes de que me venciera el sueño, entendí, por fin, la vida del campo, esa vida donde la costumbres, las tradiciones, la filosofía misma de cada persona, surge de las fauces de la tierra, de las recónditas quebradas y de la relación estrecha con las plantas y los animales.

Herrar, arrear, sembrar y cosechar son el ayer y el mañana para ese puñado de campesinos que habitan El Aro, un ayer y un mañana de agua y tierra, y de toda esa vida que se expande desde lo alto de las cordilleras hasta los ríos. Un tiempo que avanza en círculos y que siempre los sorprende conviviendo con esos cuatro verbos: herrar, arrear, sembrar y cosechar. ☺



Ganó dos camisetas inolvidables. La arcoíris y la de pepas. Empezó tarde, por casualidad. Y llegó primero muchas veces. Dos etapas de Santiago Botero: el nuevo del pelotón y el líder en un equipo de curtidos de carretera.

UN PARA O EN PEDALES

por SANTIAGO BOTERO • Ilustraciones de Verónica Velásquez

Retirado de la actividad profesional, no fue tarea sencilla volver al ciclismo recreativo y tratar de asimilar el comportamiento de mis pares en carretera. Disfrutaba de la bicicleta, de los grupos con los que salía a rodar; espacio que a todos nos llevaba a salirnos de la rutina, a compartir, a desconectarnos y liberarnos por un momento de las responsabilidades que con los años van aumentando.

Pero me costaba hacer entender a los amigos la manera de entrenar, de vivir los kilómetros como aficionados, de terminar la jornada sin público a lado y lado de la carretera.

El ciclista que no llegó a ser profesional ve cada salida como un reto, como una competencia cada vez que se acerca a un premio de montaña. Donde a pesar de subir tranquilos, inclusive, de tener que ser esperados, quieren atacar para pasar en primer lugar. Yo era así cuando me inicié, sí, lo acepto, pero ya hemos pasado por muchas.

Para explicarlo mejor cuento una historia de no olvidar. Fue exactamente el 4 de julio del 2015. La noche anterior me uní a tres amigos, estábamos listos para una montada muy muy larga a la mañana siguiente. Eran 340 kilómetros con siete mil metros de ascenso acumulado. Saldríamos de mi casa, en el Alto de Palmas, en dirección a Abejorral, de ahí descendieramos por una carretera sin asfaltar hasta el municipio de La Pintada, para seguir bordeando el río Cauca hasta Santa Fe de Antioquia, ascender luego al Alto de Boquerón, y bajar a Medellín para concluir con los quince kilómetros del puerto de Las Palmas, en mi casa. Como soy ciclista “de carreras”, desde que me monté en ella procuré que fuéramos a un ritmo medio alto para no llegar en la noche. Algunos, los de menos fondo se quejaban, y yo juicioso bajaba el ritmo, pero a los cien metros, nuevamente y con sutileza, para que no brincar los pasajeros, volvía a la misma velocidad.

Se acabó el confort, entramos a la vía rural, entre brincos, esquivando baches, rocas e intentando rodar por la superficie más limpia, llegamos a los bajos de la montaña y en compañía del río había que seguir 150 kilómetros de columpios.

Una vez terminamos el terreno desatado, el mejor escalador de los cuatro, apodado ‘El Rey de Palmas’, llegó con veinte minutos de retraso por lo difícil que se hizo para él el descenso debido a su contextura delgada. Llegamos al meridiano del recorrido y nos detuvimos en un restaurante de carretera. El representante de la aventura, a quien llamaré el sr. Colombia Cycling, practicante de la modalidad *round on earth*, montadas largas y continuas, inclusive de varios días, recomendó comer una bandeja paísa: frijoles, chicharrón, tajadas de maduro fritas, huevo, carne molida, aguacate, arroz y chorizo. Con

mi experiencia y algo de respeto le dije: “¡Estás loco!, el cuerpo va al límite, queda lo más duro, ¿cómo le vas a meter semejante bomba digestiva! Aquí toca pedir arroz, papa al vapor..., y una arepa como mucho”. Ante el hambre y la terquedad ellos optaron por la bandeja. Yo me fui por el menú bajo en grasas.

Seguimos, y faltando unos veinte kilómetros para llegar a Santa Fe de Antioquia, el sr. Colombia Cycling se detuvo a buscar un baño, ni tiempo nos dio de preguntarle por qué se había parado. Entró a una letrina a borde de carretera, al lado de su respectivo rancho, y salió pálido como un papel; ese agujero absorbí toda esa bandeja, para bien de la zona en cuanto a fertilizantes y para desgracia del dueño.

Ya no había sujeto, uno menos, sumado a otro que, por “falla mecánica”, se vio obligado a subir al vehículo que nos acompañaba. Al carro si querían llegar esa semana a su casa.

Estaba cayendo el sol, empezamos el puerto más largo del día, 42 kilómetros, Alto de Boquerón, y el escalador, El Rey de Palmas, pasaba problemas. Yo lo animaba, lo esperaba, le daba comida, líquido, sin tener en cuenta que los 150 kilómetros bordeando el Cauca estuvo a mi rueda. Hicimos cima.



Bajamos a la ciudad que ya se preparaba para la fiesta, era sábado en la noche. Nos recibió la conocida Palmas, subíamos juntos, ya sin muchas fuerzas, animados a terminar la aventura. Cuando faltando exactamente ochocientos metros para llegar, mi *partner*, mi amigo el escalador, vio a su hermano apostado a un lado de la vía esperando su entrada triunfal, y él, ni corto ni perezoso, el muy descarado, se paró en pedales y desde atrás cambió el ritmo, ¡atacó! Se fue en solitario justo al pasar junto al único aficionado en la cuesta. Cruzó en primer lugar el puerto, yo pasé a los treinta segundos y alegre se me acercó a celebrar.

What a fuck! “¡Pero qué haces, chico!, esto no es una carrera, es un recorrido muy exigente donde no hay ganador”, inclusive le recordé: “Te esperamos veinte minutos en La Pintada, estuviste todo el tramo del río Cauca a mi rueda, te arrastré literalmente los 42 kilómetros de Boquerón..., para ahora esprintar, eso no se hace”. Es como si yo subo al Everest con un compañero, estoy a punto de hacer cima, y salgo corriendo para llegar en primer lugar a poner mi banderita; o peor, lo empujó cuesta abajo, para ser el único en coronar.

Faltaban dos etapas para terminar la carrera y en la tarde subió a la habitación Francisco ‘Paco’ Giner, el director del equipo, a entablar una seria conversación conmigo. Sinceramente no recuerdo qué me decía más allá de que le pusiera voluntad, yo sin saber cómo explicarle que venía de un ciclismo recreativo, de la universidad, simplemente optaba por asentir frente a los consejos que me daba. Él iba tomando impulso y aumentando el tono de sus palabras, hasta que giró su mirada al interior de mi maleta, que como yo era un caos, desorden, ropa sucia, empaques de comida; me hablaba con el característico tono del español, enfadado: “Joder, Botero, qué es esta mierda, organízalo, no me jodas”. Tras sus enérgicas palabras, de un solo golpe giró la maleta boca abajo y cayó todo al suelo, para volver a tomar la palabra y decir: “Levantas todo y lo metes nuevamente en la maleta organizado. Mañana paso a ver qué tal quedó”.

Yo no “presté” servicio militar, pero aquí me estaba sintiendo cual *marine* previa preparación para la guerra de las guerras. A punto estuve de evadirme y quedar en esa ocasión. Me salvó la intervención del médico Jesús Hoyos, también llegado del Artiach y con quien había hecho una buena amistad, convirtiéndolo en mi confidente y a la vez paño de lágrimas. Él me tranquilizó y me dio ánimo para que continuara en la batalla de supervivencia que estaba siendo esa carrera en Portugal.

Continuaba con una tos alérgica. Resignado a morir así fuera en el intento, salimos a la tercera etapa y yo poseído en mi rol de gregario marqué cada ataque, inclusive en uno de ellos logré en solitario abrir un espacio con respecto al grupo que no dejaba ir a ningún corredor.

Mantenia mi cabeza abajo, concentrado en el pedaleo, esperando que me dieran finalmente el aval atrás, el equipo del líder, para dejarme marchar. Noté al mirar por el rabillo del ojo que atrás ya no estaba el agitado lote hambriento por alcanzarme, me emocioné y pensé, al fin consigo una fuga, espero que Paco se esté dando cuenta de mi empeño. Escuché gritos, uno tras otro, miré por encima de mi hombro izquierdo y no vi a nadie, volví a fijar la mirada en el pavimento y otra vez llegaron los silbidos y las voces ya difuminadas por el sonido del viento. Me dio por observar justo hacia arriba a mi derecha, en una carretera que se alzaba paralela a la que transita, y vi la hilera de vehículos acompañantes que cerraba la caravana, todos pasando sobre mí, luego de desviarse por la oreja de un puente para cruzar al otro lado de la vía.

Efectivamente no vi al juez que señaló el giro a derecha para tomar el puente y continué recto en la dirección equivocada. Frené, de un giro de 180 grados, avancé unos doscientos

II

Faltaban dos etapas para terminar la carrera y en la tarde subió a la habitación Francisco ‘Paco’ Giner, el director del equipo, a entablar una seria conversación conmigo. Sinceramente no recuerdo qué me decía más allá de que le pusiera voluntad, yo sin saber cómo explicarle que venía de un ciclismo recreativo, de la universidad, simplemente optaba por asentir frente a los consejos que me daba. Él iba tomando impulso y aumentando el tono de sus palabras, hasta que giró su mirada al interior de mi maleta, que como yo era un caos, desorden, ropa sucia, empaques de comida; me hablaba con el característico tono del español, enfadado: “Joder, Botero, qué es esta mierda, organízalo, no me jodas”. Tras sus enérgicas palabras, de un solo golpe giró la maleta boca abajo y cayó todo al suelo, para volver a tomar la palabra y decir: “Levantas todo y lo metes nuevamente en la maleta organizado. Mañana paso a ver qué tal quedó”.

Yo no “presté” servicio militar, pero aquí me estaba sintiendo cual *marine* previa preparación para la guerra de las guerras. A punto estuve de evadirme y quedar en esa ocasión. Me salvó la intervención del médico Jesús Hoyos, también llegado del Artiach y con quien había hecho una buena amistad, convirtiéndolo en mi confidente y a la vez paño de lágrimas. Él me tranquilizó y me dio ánimo para que continuara en la batalla de supervivencia que estaba siendo esa carrera en Portugal.

Continuaba con una tos alérgica. Resignado a morir así fuera en el intento, salimos a la tercera etapa y yo poseído en mi rol de gregario marqué cada ataque, inclusive en uno de ellos logré en solitario abrir un espacio con respecto al grupo que no dejaba ir a ningún corredor.

Mantenia mi cabeza abajo, concentrado en el pedaleo, esperando que me dieran finalmente el aval atrás, el equipo del líder, para dejarme marchar. Noté al mirar por el rabillo del ojo que atrás ya no estaba el agitado lote hambriento por alcanzarme, me emocioné y pensé, al fin consigo una fuga, espero que Paco se esté dando cuenta de mi empeño. Escuché gritos, uno tras otro, miré por encima de mi hombro izquierdo y no vi a nadie, volví a fijar la mirada en el pavimento y otra vez llegaron los silbidos y las voces ya difuminadas por el sonido del viento. Me dio por observar justo hacia arriba a mi derecha, en una carretera que se alzaba paralela a la que transita, y vi la hilera de vehículos acompañantes que cerraba la caravana, todos pasando sobre mí, luego de desviarse por la oreja de un puente para cruzar al otro lado de la vía.

Efectivamente no vi al juez que señaló el giro a derecha para tomar el puente y continué recto en la dirección equivocada. Frené, de un giro de 180 grados, avancé unos doscientos

metros en contravía para volver a carrera, pero no de cabeza, líder en fuga, sino de ciclista perdido en cola del pelotón. Fue muy triste, pero a la vez fue el tema para reírme con mis compañeros a la hora de bajar a comer. Novatadas que no dejaron de aparecer por un buen rato.

Llegó la cuarta etapa, dos sectores, crono en la mañana y circuito en la tarde. Giner en su empeño por exigirme y convertirme en un verdadero ciclista anunció que me acompañaría atrás durante la prueba contra el reloj, supuestamente mi fuerte. Cómo decirle, no, gracias, prefiero ir solo. Imposible.

Estábamos con Jesús Guzmán de mecánico, un muy buen elemento en su labor, pero al comienzo, mientras yo tomaba experiencia y palmarés, era un mala leche profesional. Solo contemplaba y hacía caso a los veteranos, líderes o jóvenes promesas. Conmigo, que era un cerro a la izquierda, todo lo contrario, me entregaba una bicicleta que no era de mi talla, los peores tubulares, regañó cada vez que llegaba con una rueda averiada; siempre fui relajado para ese tema, ni sabía qué ruedas o material me ponían para competir, era irrelevante, pero con él era tan evidente el material de segunda que utilizaba en mi bicicleta que hacía imposible que no me enterara.

Hay que dar el beneficio de la duda, tal vez al ser el Kelme-Artiach un equipo modesto, no tenía suficiente material para todos en óptimo estado y debía repartirlo de acuerdo al orden jerárquico del equipo.

Partió el crono con un inclinado descenso, atrás Paco, en el nuevo Mercedes Benz que había adquirido el equipo, empezaba a animarme por el altavoz. No habían pasado quinientos metros de esa bajada por una rugosa y polvorienta carretera cuando en una curva, mientras cambiaba la postura de mis manos de la extensión del manillar al agarre directo en las manetas para estar atento a aplicar los frenos, oí una explosión que expelía al frente de mis ojos un polvo blanco. No había pasado un segundo cuando sentí cómo perdía la estabilidad con la explosión del tubular que me tiró contra el costado al que iba inclinando la bicicleta para trazar la curva.

Inicié una serie de giros levantando una polvareda digna del París Dakar sin saber cuándo y cómo iban a terminar. Acabé ahí, a la orilla, donde los vehículos varados suelen detenerse.

Como un resorte me puse de pie buscando la bicicleta, me pasé la lengua por los labios resesos y un sabor a tierra hizo que empezara a escupir; la visión borrosa que no me dejaba ubicarla, más el ardor en tantas partes del cuerpo que ni sabía dónde mirarme, me obligó a desentenderme de la carrera. Comencé a sacudirme, intentando dejar las heridas atrás; de un momento a otro salió de esa nube, entre saltos y pasos afanados, el pesado Paco Giner al auxilio de su caído en batalla.

Empezó a repararme con su mirada cuando, como si él también estuviera en carrera, y el reloj ajusticándolo, carretera abajo, entre rebotes y brincos, inicié una persecución, ya no tras el ciclista sino tras su Mercedes Benz que, en los afanes de socorro al primiparo, omitió dejar engranado o cuando menos con el freno de mano. Ahora el bolido iba cuesta abajo sin ocupante alguno.

Con la puerta del fugitivo vehículo entreabierto sujetada por Paco, como última oportunidad para recuperar su control, y arrastrado por el impulso del mismo, logró de una larga zancada oprimir el freno con tan mala suerte que coincidió con la llegada de un poste de energía que aprisionó su mano entre la puerta y el pilar de concreto. Logró detener el Mercedes y quedó con un hematoma de singular tamaño en su brazo.

Ya éramos dos los heridos y un culpable, Jesús Guzmán, el mecánico rosquero que me puso en la rueda delantera lo peor que tenía dentro de su inventario de repuestos, un tubular desgastado, deshilachado, lleno de turupes, no apto para la competición, menos en un terreno como ese y en una bicicleta aerodinámica que en ese entonces utilizaba un diámetro menor de rueda delantera donde reposaba todo el peso del ciclista.

Cambió la bicicleta por la de carretera para terminar la etapa y poder salir en la tarde. Era un circuito durísimo, en cada descenso, entre los ardores del sudor recorriendo cada una de las heridas, me venía el recuerdo de la caída, o no tanto de la caída sino de la sensación de impotencia cuando las ruedas de la bicicleta nos traicionan y ya no hay vuelta atrás una vez el cuerpo con máquina y todo se precipita al asfalto.

Al fin, ya para la casa, casa es un decir, más bien para el hotel Torrejón de Ardoz. Nos esperaba al médico Jesús Hoyos y a mí un largo viaje desde Portugal a Madrid, en pleno verano, en un Volvo antiquísimo sin aire acondicionado que el equipo mantenía en su flota buscando deprecirlo contablemente por cuarta vez. No tenía cupo en el nuevo y abollado Mercedes Benz en que viajaba el director Paco Giner.

Abollado igual estaba yo, entre el calor por la falta del aire acondicionado, las heridas y el salir de afán, sin poder ducharme. Dos horas después de salir me comí un sánduche que había sobrado del almuerzo previo segundo sector de la carrera. Al rato me empecé a sentir mal, el calor, seguro, había descompuesto alguno de los ingredientes, y nos tocó parar cada que veíamos una estación de gasolina para entrar al baño.

Ya en el hotel caí agotado, me tomé dos pastillas para dormir, mantenía varias en mi maleta, de las mismas que me daban auxiliares o el médico de turno para poder conciliar el sueño después de cada etapa, al principio era tal el cansancio que no podía entrar en un sueño reparador y tenía que pedir algo que me ayudara a descansar. Algo normal en los equipos de ciclismo de esos años.

Me las tomé y a las seis de la mañana comencé a escuchar el golpe de puertas, personas al trote. Pensé que era un sueño, abrí los ojos y vi todo turbio, como en la caída del día anterior en Torres Vedras, me limpié los ojos y seguí con la visión nublada, me levanté y noté un fuerte olor a quemado, abrí la puerta de la habitación, no se veía nada en el corredor, había un humo denso que me impedía respirar y obligaba a cerrar los ojos por el escozor que producía.

Incendio, fuego, algo que nunca me hubiera imaginado me pasaría. Me puse una camisa y con la misma pantaloneta que utilizaba de pijama en Portugal, pasé a la maleta, aún desordenada, a coger, o más bien salvar, lo único importante para mí en ese momento, mi pasaporte, para volver, algún día lejano como el más allá, a mi casita.

Me adentré en la humareda y no daba con las escaleras de emergencia, me tocó prácticamente andar a gatas para ver algo y respirar. Después de unos asfixiantes minutos de búsqueda las encontré y bajé sin respirar cinco pisos, crucé por el lobby donde ya se veían unas llamas en el salón de juego, y salí a la calle para ser recibido por un bombero con un litro de leche en la mano, al que me convidó para desintoxicarme del humo aspirado.

Una vez más comprobaba que las energías negativas que uno puede ir acumulando, o llamémoslo el pesimismo, finalmente se vuelven una realidad si no les sabemos dar un buen manejo. En cuestión de unos pocos días me accidenté, intoxicé y incendié un hotel; bueno, no yo, pensemos que mis malas energías por esos días hicieron de chipsa.

Gran Premio Torres Vedras-Trofeo Joaquim Agostinho. Junio de 1996. ©



La Bruja Piso

es un taller de litografía. Es una tienda especializada en artes visuales, historieta, publicaciones independientes e ilustración. Es un espacio expositivo. Es un proyecto editorial. Es el lugar que habitamos con nuestras plantas.

carrera 42 # 8-15 int. 202
@labrujariso

<p>Patricia Fuenmayor</p>	<p>Asesora en seguros</p> <p>Tel. 3216402928 - 375 7300 patfuenmayor@hotmail.com</p>
----------------------------------	---

	<p>VICTOR AGUDELO E.</p> <p><i>Medicina alternativa</i></p> <p>Manejo del dolor agudo y crónico</p> <p>Citas: 321 696 3676 vaguendolo@hotmail.com</p>
---	--



Contrarreloj fue publicado por la editorial Grijalbo en el 2023.

Estas dos etapas que se corren en UC son inéditas.



Una vida imaginaria

Tras ser abandonado, el cuerpo de Fernando Botero peregrinó algo más de dos semanas: primero de Mónaco a París, donde envainó un señorial féretro de plomo en el que voló a Bogotá y a Medellín para recibir honores y luego ser cremado en la Atenas suramericana. Los restos del artista paisa recorrieron más de veinte mil kilómetros hasta regresar a Pietrasanta, en Italia, pueblo en el que viviera con su amada Sophia Vari durante décadas en las que, además de tomar el sol y montar en bicicleta, decidieron compartir la eternidad en el sepulcro.

Ciudadano de honor del *comune di Pietrasanta* desde 2001, la prensa italiana ha agradecido al maestro por elegir a su país y se ha enorgullecido de sus genes, al sacar a rodar la leyenda de que en 1780 los hermanos Giuseppe y Paolo Botero abandonaron Génova y se embarcaron rumbo a América del Sur para cumplir el sueño antioqueño. Por su parte, los medios españoles han agradecido la generosidad de Botero por las exposiciones que en los años noventa descrestaron a un país que apenas conocía la democracia; pero sobre todo por las esculturas que el artista sembró en varias ciudades de España, como un gigante feliz al que le gustaba arrojar doscientos kilos de bronce, por aquí y por allá, para que pelechara alfalfa entre sus sombras durante los próximos milenios. También le agradecieron a Botero los diarios de Estados Unidos, sobre todo los de Nueva York, donde en los años setenta el maestro se convirtió en una firma de la vanguardia del arte.

Mientras tanto, en el Granero del barrio Carlos E., Alberto contaba que, durante las obras del Museo de Arte Moderno de Medellín (MAMM), Botero vino a tomar aguardiente con Alejandro Obregón. Dicen que, cuando era niño, Fernando le decía a su mamá que le gustaba más el huevo duro que tibio, hasta que una mañana vio a doña Flora

rebañar una yema con un pedazo de arepa: la masa de tela blanca del maíz que se mezclaba con el líquido causó un cortocircuito en sus sentidos y quiso pintar su volumen anaranjado. Vivían en la casa familiar de Mon y Velarde con Caracas, donde el niño tenía una caja de colores al óleo que le había regalado su hermano Juancho, algunas ilustraciones de pilotos, de mujeres rubias y la ilusión de triunfar como torero. La plaza de toros La Macarena había sido inaugurada pocos años antes (1945), con un estilo arquitectónico neomudéjar que, décadas después, un político inescrupuloso destrozaría para techarla. Banderillero cumplidor, Botero se entrenó con disciplina para ser matador de toros, aprendió el arte de la tauromaquia con la esperanza de pedir la alternativa y triunfar en las arenas de Colombia, Venezuela, México y España, hasta que una tarde vio un pitón atravesar la pierna de uno de sus compañeros. Al volver a casa pensó en dibujar la arena, las vértebras y la sangre; entonces sintió terror y satisfacción. Corría el año 1948, Colombia se desangraba tras el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán y Fernando Botero vendía su primer óleo de toreros por dos pesos.

Tras discutir con el rector de la Universidad Pontificia Bolivariana sobre la obscuridad de sus dibujos, el 17 de junio de 1949, publica en el periódico *El Colombiano* su ensayo: "Picasso y la inconfirmitad del arte", por el que es expulsado del colegio. Sin embargo, *El Colombiano* lo contrata para hacer ilustraciones de poemas y cuentos. En el Liceo de la Universidad de Antioquia reafirma su compromiso con las causas sociales y la bohemia: se relaciona con artistas e intelectuales con los que acude a tertulias en casas de elegantes señoras que jugaban a las cartas en el barrio Lovaina. Gustos que conservará, pues, de mayor, Botero se describía como una persona de izquierdas cuya alma quería que fuera a visitar las tiendas donde venden aguardiente.

Aventurero, al graduarse de bachiller decide viajar a Bogotá, donde empieza a vender sus lienzos y, todavía interesado por Picasso, estudia a Modigliani. Al año siguiente se establece en Santiago de Tolú, donde pinta a los recogedores de cocos y a las vendedoras de cocadas, un funeral con el ataúd abierto y *Frente al mar*: composición sobre un borracho al que amarran con violencia, colgado de pies y manos, para calmarlo. Cuentan que Botero se hospedó un par de meses en el hotel Narsa de Tolú a cambio de pintar murales, que entabló amistad con el poeta Héctor Rojas Herazo y que, como dijo alguna vez el maestro, fue violador por una mujer hermosa que se coló en su hamaca. De regreso a Bogotá obtiene el segundo premio del IX Salón Nacional de Artistas con *Frente al mar*, vende algunos cuadros y se embarca en Buenaventura rumbo al Viejo Continente.

En Madrid se inscribe a la Academia San Fernando y sobrevive con las pinturas que vende a las afueras del Museo del Prado. Estudia en la Academia San Marcos de Firenze, donde aprende tanto de Rafael como de Paolo Uccello, aunque una obra le causara espanto y la otra satisfacción. Mientras aplicaba la perspectiva del renacimiento los colores producen otro cortocircuito en su mirada y dibuja muy pequeño el corazón de una voluminosa mandolina; anécdota que, según él, da origen a su estilo de pintar volúmenes, no gordos. En 1955 se casa con la filósofa y gestora cultural Gloria Zea, madre de sus hijos Fernando, Lina y Juan Carlos. Dos años después su obra *Contrapunto* comparte el segundo premio de pintura del X Salón de Artistas, junto al maestro Alejandro Obregón. En 1958 gana el primer premio del XI Salón Nacional, con un homenaje a Manregna llamado *La camera degli sposi*, obra maestra y monumental que venderá en los Estados Unidos y cuyo paradero, todavía hoy, desconocemos. En 1960 nace su hijo Juan Carlos, se divorcia de Gloria Zea y gana el premio internacional Guggenheim con *Arsodiablomaquia*; obra donde los arzobispos se toorean a sí mismos con sus demonios, en una revolución de colores y formas en la que el artista interior triunfa sobre su maestro, Picasso. La aceptación del estilo de un artista es impredecible, prueba de ello es que el Museo de Arte Moderno de Nueva York (MoMa) decidió comprarle su *Monalisa a los 12 años* cuando Botero solo tenía 29.


En 1964 se casó con Cecilia Zambrano, madre de Pedrito, quien a los cuatro años muere en un accidente de tránsito. Cuando a los niños de Medellín nos llevan a la Biblioteca Pública Piloto o al Museo de Antioquia y nos muestran las pinturas de Pedrito montado en su caballo de madera, parchado entre sus juguetes, casi levitando en un cuarto azul pastel, firmamos un pacto secreto de amistad con Fernando Botero: ¿qué harían mis padres si yo muriese ahora?, pensamos. Las décadas de los setenta, ochenta y noventa fueron de triunfos inigualables: Botero vende, expone y dona obras. En 1986, el 15 de septiembre, el mismo día del *rigor mortis* en 2023, instaura la "Gorda" (*Torso de mujer*) en el Parque Berrío de Medellín, dándole para siempre un referente artístico al centro geográfico de su ciudad.

Su aceptación entre el pueblo comienza a reñir con las monsergas de los profesores universitarios, quienes no le perdonaban a Botero que fuera popular entre entendidos y desentendidos del arte. Desde entonces las facultades decidieron hablar de él solo para criticarlo por ser un señor burgués, un mercader del arte. Los profesores enseñaron a odiar a Botero por haber logrado lo que ningún otro escultor pudo hacer antes; hasta que lo sacaron del pánsum. En la academia perduró este discurso incluso después de que la escultura *El Pájaro*,

que donó a la ciudad y se posó en el Parque San Antonio, volara por una bomba y se cobrara la vida de veintitrés personas; entonces el maestro donó otro pájaro de bronce para poner ante unos despojos que bautizó un "monumento a la estupidez". Unos años antes su hijo Fernando Botero Zea estuvo implicado, como ministro de Defensa del presidente Ernesto Samper, en el Proceso 8000 y su robusto elefante. ¿Qué habrá pasado por el corazón del artista que años antes había dibujado a un ministro de guerra corrompido entre las moscas?

Sin embargo, tanto dolor no entorpeció la voluntad de Botero de transformar las calles a través del arte, pues en los años siguientes donó a Medellín una colección que cambió el centro de la ciudad al refundar el Museo de Zea como el Museo de Antioquia. Un año después el maestro regaló a Bogotá una colección particular invaluable, gracias a la cual podemos disfrutar de Renoir, Dalí, Picasso, Miró, Kandinsky o Tapes. En esos años Fernando Botero dibujó la crueldad de la guerra en pinturas como la de Pablo Escobar sobre los techos de Medellín, en el que las balas parecen levitar sobre su pecho; o en el de Tirofijo, máximo líder de las Farc, en cuyo volumen parece que no

tuvo que esforzarse tanto. En 2003 el mundo supo de las torturas a los prisioneros iraquíes en la prisión de Abu Ghraib por parte de militares, policías y mercenarios de los Estados Unidos; entonces Botero pintó unas imágenes terribles, profundamente humanas, en las que volvió a demostrar su sensibilidad ante la violencia. Tema que desarrolla en la dolorosa serie de los paramilitares colombianos con las motosierras, donde el horror que expresa nos hace recordar a Goya.

La partida del maestro conmovió a los habitantes de Medellín, quienes estamos acostumbrados a prosas vanas, cosas de todo día, gente necia y local y chata y roma. Los días posteriores a su muerte vimos a los vecinos de La Candelaria hacer cosas raras como tomarles fotos a otros más sensibles que dejaron ofrendas florales a los pies de sus obras. Entonces, como salida de sus propias obras, una romería de soldados, alcaldes, familiares, damas, arzobispos, chismosos, caballos, sacerdotes, artistas y gatos visitaron al maestro en el Museo de Antioquia. En esta parroquia no habíamos tenido funerales tan solemnes, porque no había nacido un artista como Fernando Botero. Su adiós estuvo al volumen de su vida imaginaria. 



En 1933 se inauguró el Cementerio Universal de Medellín. Después de mucho tiempo los pobres tenían su pedazo de tierra otorgada por el Estado para el descanso eterno, una alternativa para sepultar en un mismo lugar los muertos con mancha, los pecadores excluidos de la esfera social: los ateos, los homosexuales, los rechazados por los circuitos religiosos, un recinto funerario para los pobres sin linaje y sin identidad. Un terreno pensado al margen de los vivos, para albergar a los muertos de nadie.

Detrás de esa arquitectura funeraria planeada por el maestro Pedro Nel Gómez, los muertos desdichados de la ciudad se tomaron las bóvedas, las galerías, los sepulcros; con el paso de los años, ese camposanto se convirtió en el espacio en el que reposó el hedor de la violencia, la historia detrás del conflicto armado en Antioquia. Allí se resguardaron infinidad de restos, fragmentos de cuerpos sin identificar, pedazos de carne humana que quedaron al margen de la ritualidad cotidiana de la muerte y fueron a parar en fosas hondas en las que compartían terreno con una muchedumbre de difuntos desconocidos.

El Cementerio Universal empezó a conocerse como el de los N. N., en latín *nomen nescio*, es decir, "sin nombre". Los anónimos del Universal configuraron un universo de signos y símbolos que develan la tragedia

Los muertos de nadie

por MARÍA ALEJANDRA BUILES •
Gestora Archivo Fotográfico BPP

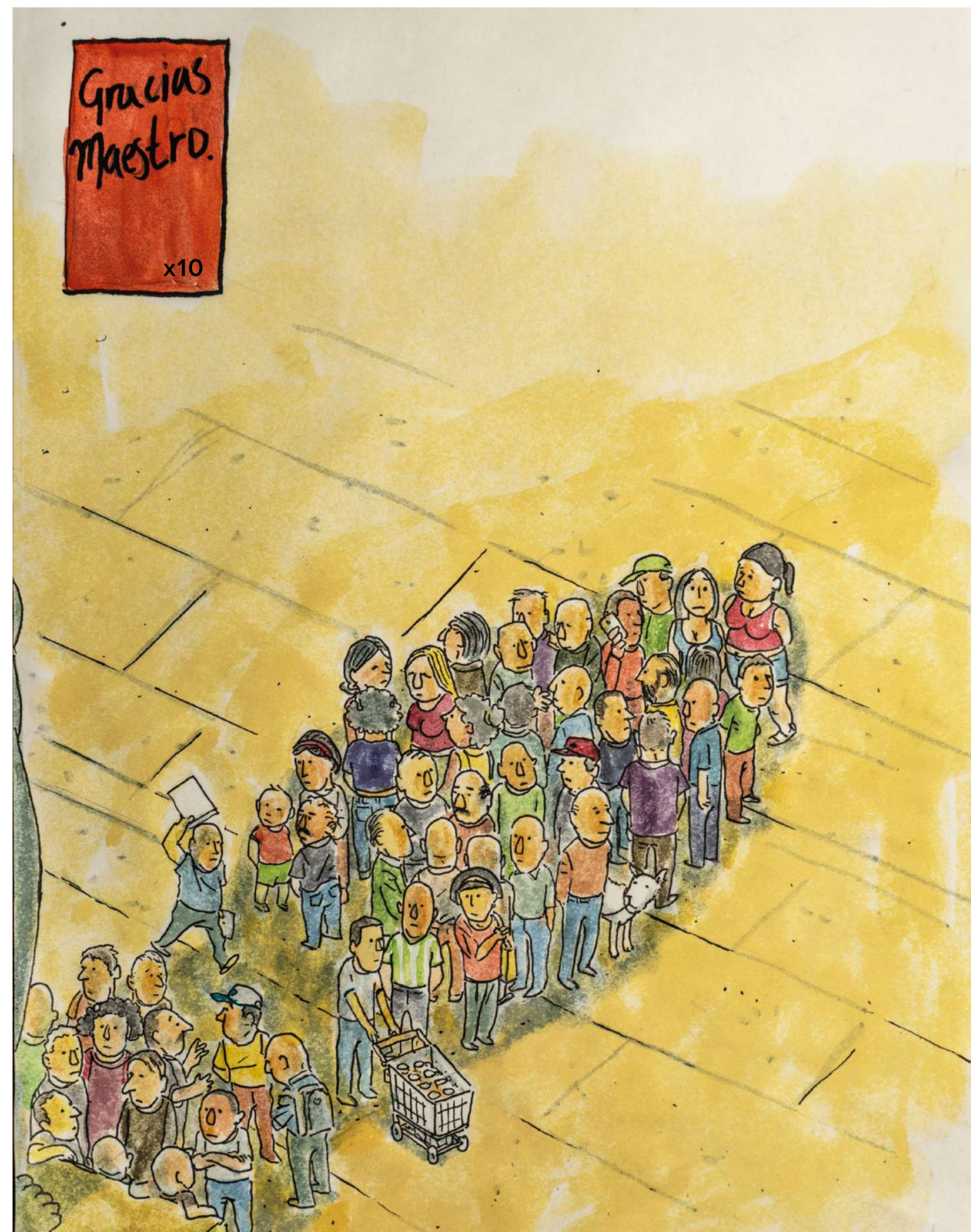
de una ciudad en guerra, cuerpos jóvenes, huesos trajinados entre el ir y venir de una fosa a otra, para terminar calcinados, desaparecidos, lejos de sus seres, ausentes. Cadáveres de nadie. En los años ochenta, los ojos de Henry Agudelo siguieron de manera sigilosa la muerte en Medellín. En su paso frecuente por el Cementerio Universal encontró escenas escabrosas que quedaron perennes en su memoria, la cámara fue el medio para dejar un registro visual de lo inimaginable. La desgracia de morir, no ser reconocido y desaparecer en medio del fango de nichos o fosas. La desdicha de ser un muerto sin identidad. La imagen en blanco y negro de una carretilla atestada de fémures, huesos rotos y un cráneo ultrajado que mira hacia el aparato que lo retrata, revelan la funesta esencia de la muerte a través del lente. Una carreta aislada, dispuesta en un potrero

empastado, una imagen natural para los sepultureros, los panteoneros o los animeros, trabajo que a los ojos de muchos es espeluznante, pero que para ellos hace parte de su rutina laboral. Una foto que relata la realidad de muertos sin flores, sin rituales ni plegarias para subir al cielo. Un reposo eterno indigno y sin dolientes. El destino de los restos acumulados en bóvedas era el mismo, ser polvo y olvidado bajo tierra. Sin la suerte de ser reclamados por los deudos esos cuerpos se esfumaban. Después de reposar un rato en la carreta, la mezcla de huesos era depositada en una zanja vertical, honda y pantanosa, que tardaba horas en cavarse. El sepulturero volteaba la carreta y los huesos caían en manada, unos sobre otros. "¿Cuántos desaparecidos se acompañarán en ese hueco?", se pregunta Henry. El destino de cada fragmento de humano es el mismo,

desaparecer. ¿Quién los busca? ¿A quién le duelen? Surgen las preguntas. Como diría Bécquer: ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! En su moto, el Mono, como lo llamaban, desafió el entorno violento y se lanzó a disparar con su cámara los retratos más desgarradores, documentando cómo se consumía la vida de los jóvenes en los barrios de Medellín. Se inquietó por mirar la muerte con ojos de reportero después de convivir con ella todos los días. Retrató la frialdad de las lápidas, el hedor de los miasmas de personas perdidas en la morgue, la indiferencia frente a multitudes de muertos encostados en los rincones del cementerio, las cicatrices y los meticulosos recortes de piel tatuada que servirían de evidencia para reconocer los cadáveres. Henry patrulló con su cámara por la ciudad dándole vida a la muerte. El Cementerio Universal fue uno de los primeros espacios donde Henry le entregó su mirada aguzada a la muerte. En una amplia serie de fotografías dejó huella de un territorio fúnebre colmado de historias de violencia y desaparición forzada, de cuerpos sin identidad. Décadas después del registro de estas imágenes, el Cementerio Universal se convierte en un espacio de memoria, en una esperanza para las familias tener un vestigio de los muertos de nadie. ©



Cementerio Universal, Henry Agudelo (1988). Archivo Fotográfico BPP.



Canaguar 

Revista de cine colombiano

Una publicación de
cinéfangos.net

 canaguaro.cinefangos.net



**ESTAMOS EN LAS LICENCIAS DE LOS QUINCES.
LA HORA DE LAS ESCAPADAS Y LOS PECADOS
MELOSOS, EL DISIMULO Y LA TERNURA.**

**UC BAILA SU ADOLESCENCIA BIEN CURTIDA.
SERÁ UNA FIESTA SIN COLADOS,
TODOS INVITADOS AL VIAJE.**

**UNIVERSO CENTRO 15 AÑOS
NOVIEMBRE 2008 - NOVIEMBRE 2023**

**ESPEREN EDICIÓN ESPECIAL
Y ATENTOS A LA LLUVIA DE SOBRES.**